



CUESTION
DE MEJICO.

CARTAS

DE DON

JOSE RAMON PACHECO,

al Ministro de negocios
extrangeros de

NAPOLEON III,

M. DROUYN DE LHUYS.



GUADALAJARA:

Tip. de José M. Brambila.

1863.



CUESTION DE MEJICO.

CARTAS DE D. JOSE RAMON PACHECO,

**Al ministro de negocios extranjeros
DE NAPOLEON III,
M. DROUYN DE LHUYS.**

EXMO. SR. D. EDUARDO DROUYN DE LHUYS.

Nueva York, Noviembre 11 de 1862.

Muy estimado amigo y Señor mio:

Los diarios de esta ciudad acaban de publicar la vuelta de vd. al ministerio de negocios extranjeros.

Si vd. recuerda la alta y debida estima en que yo he tenido la amistad con que quiso honrarme, y que cuando se halló fuera de la escena política, habiendo renunciado aun su calidad de vice-presidente del senado, entonces me esmeré mas en probarle la sinceridad de mi afecto á su persona, no tendrá dificultad en comprender el júbilo que experimenté con tal noticia, que, sin embargo, no me cogió de sorpresa, por agradable que fuera. La tomé aun como un triunfo para mí; mi amor propio encontró una ocasion de vanidad al realizarse lo que tantas veces le decia yo á vd. que tenia de suceder.



Vd., solo, retirado de los negocios, consagrado por su inestinguible amor á su país, á la sociedad de aclimatacion, pero por su ojo certero en la trascendencia de las grandes cuestiones, por la independencia de su carácter, por su larga práctica y prodigiosa facilidad para el despacho, por su vastísima y variada instruccion, vd., digo, será siempre una potencia, sin la cual no se podrán pasar en las grandes ocasiones.

En cualquiera circunstancia encontrará vd. muy natural que en el acto de leer la noticia tomase la pluma para felicitarle; pero en las en que se halla mi país, por consecuencia de la política del gobierno del de vd., este amistoso homenaje se convirtió en un deber, felicitándome yo mismo de que la verdad encontraba, en fin, una ocasion segura de ser sabida por un ministro justificado, severo é independiente, y un camino abierto hasta el trono, desembarazado de la lisonja y del interes. Sea cual fuere la resolucion irrevocable que se haya tomado en esas regiones, que á lo menos sepa el mundo que es con conocimiento de causa, pues que estando vd. en ellas y honrado yo con su correspondencia, no quedará lugar á la historia, en vindicacion de la mas negra mancha que haya podido caer sobre la Francia, de decir que no hubo quien dijera la verdad á su gobierno de esta época.

Habiendo sido testigo de la sagacidad con que vd. descubria las pequeñas pasiones que jugaban en grandes acontecimientos, vd. era naturalmente la primera persona con quien me proponia abocarme en una época en que el gobierno de mi país quiso servirse de mí para ilustrar el ánimo del emperador, cuya religion veia sorprendida: y lo iba yo á buscar á vd., no en los salones imperiales, sino en su ermitage d'Ambrinvilliers, que recuerdo con



tanto placer por aquellos ratos de tan delicadas y finas expansiones de vd., y en que su hermosa señora sabia con tanta gracia y tanto talento poner á *leur aise* á los favorecidos de vds.

No tuvo ya lugar mi ida á Francia, porque su gobierno no dejó ninguna puerta abierta á la dignidad del mio, ni mas recurso que el de defenderse. Así fué de todo punto inesacto lo que publicaron el *Monitor* y otros periódicos de que yo habia salido de Méjico con una carta autógrafa y con proposiciones del Presidente Sr. Juárez para el emperador; salí para otra parte y con otra mision. Me he detenido aquí por otras consideraciones, y ya no tiene caso mi ida á Francia; sin embargo, teniendo en ella amigos que aprecio encarecidamente y siendo el mas apreciado de ellos el que felizmente dirige ahora los negocios, no puedo dejar de escribirle sobre una cuestion, que me toca tan de cerca y que es una de las dos principales con que vd. se ha ido á encontrar. Pero el correo de Europa se va esta tarde; yo tengo mucho que decirle, y no teniendo el gusto de que sea de palabra, sino por escrito, tengo que hacerlo con el embarazo de no dejarme llevar de un sentimiento muy natural y de considerar en el amigo, que respeto, su actual posicion, formando parte de ese gobierno, del que los mejicanos estupefactos, tenemos que quejarnos por la mas injustificable de las invasiones, con que ha correspondido á la mas sincera y nunca desmentida amistad. Así, es que, esta carta no es mas que el anuncio ó el principio de la que le seguirá en el correo próximo.

..... Póngame vd., etc., y vd. reciba los mas cordiales plácemes y parabienes de su invariable, afectísimo amigo y servidor

Q. B. S. M.

J. N. Pacheco.

—4—

P. S. Acompaño á vd. por ahora la revista quin-
cenal que he recibido de Méjico, escrita por un
francés, y que le suplico lea hasta el fin.

EXMO. SR. D. EDUARDO DROUYN DE LHUYS.

Nueva York, Noviembre 20 de 1862.

Muy estimado amigo y señor mio:

Dije á vd. en mi anterior, que el gobierno impe-
rial ha correspondido con la mas injustificable de
las agresiones, á la mas sincera y nunca interrumpi-
da amistad.

Efectivamente, señor ministro: una proposicion
es la materia de esta carta, tal es que; la historia
de la humanidad, que no se compone mas que de
guerras de unos pueblos contra otros, en que la sin-
razon ha estado de una parte y la justicia de la
otra, ó en que ha sido esta controvertible, ó han es-
tado los intereses encontrados, no registra una sola
mas injustificable por sus causas, mas inútil y perni-
ciosa por su objeto, mas ilógica y contradictoria con-
sigo misma, mas condenada por sus propios alega-
tos, y por la opinion universal, mas deshonrada en
sus alianzas y en todos sus medios, y quién sabe, si
mas suicida, que la que el gobierno de Francia se
ha propuesto hacerle á Méjico.

Ya vd. ve que cada una de estas aserciones, cuan-
do se trata con un amigo, á quien no se debe enga-
ñar y de una persona que debe pasar su nombre á
la posteridad, como es un emperador, exige una am-
plia demostracion, y mi carta no puede ser corta.
Vistos los antecedentes y las relaciones de Méjico
con las tres potencias signatarias del tratado de
Lóndres de hace un año, tanto en Méjico como en



todo el mundo, se creyó que la Francia, que blasona de generosa, no se habia asociado á él, sino con la mira de impedir que la Inglaterra exigiera, por la gran deuda que Méjico tiene con algunos de sus súbditos, hipotecas de funestas trascendencias, aunque el capital esté ya sobradamente pagado, ó que la España, con quien habian mediado contestaciones desagradables por injustas exigencias de los suyos, tuviese el designio ulterior de tentar otra fortuna como la reciente de la isla de Santo Domingo; á nadie se le habria ocurrido que estas miras y estas pretensiones estuviesen en la mente de la Francia: que de allí habia de venir el toro, preñado de devastacion y muerte, al territorio de la República, porque, si bien es verdad, que á ninguna de las tres potencias el gobierno mejicano ha hecho ningun agravio, á la Francia ni se le ha hecho un solo agravio, ni se le debe un peso.

Se acordará vd. que cuando en 1853 se me mandó á Paris, no quise salir de Méjico hasta que se concluyese la convencion en que se estaba con el Sr. Levasseur, para poder llegar á Francia diciendo á su gobierno que estábamos á mano; que ninguno de los dos debia al otro, ni tenia de qué quejarse. Efectivamente por esa convencion, que fué tan racional por una parte como por otra, se acordó que lo que se debia á los súbditos franceses, se les pagase con una parte, me parece un 25 p. 8, de los derechos de importacion que ellos mismos causaran en sus propios buques: pues bien, esta convencion ha sido religiosa y constantemente observada por Méjico, en tres administraciones que ha habido desde aquel tiempo, por el Sr. Santa-Anna, por el Sr. Comonfort y por el Sr. Juárez. Todo fué pagado: quedaba un solo resto por pagar, de una sola casa, que tiene todas estas circunstancias: 1.^o que no llega á

200 mil pesos: 2.^o que aun cuando llegara y pasara, no es cantidad que valga una guerra: 3.^o que la casa que tenia ese resto en el fondo de la convencion, no ha querido que se reclame por ella, aunque ha sido instada y urgida por M. Saligny: 4.^o que aun cuando quisiera que se hiciesen reclamaciones por ella, seria fuera de propósito, porque no es deuda desconocida, ni que se haya querido rehusar el pago, porque ya estaria hecho, si no se le hubiese despojado á Méjico de sus puertos y de sus aduanas; y por último, y esto cortaria toda cuestion, que la Francia, que era tan celosa por el pago de lo que se dice se debe á sus súbditos, apoderada de la aduana, es de presumirse que ya habrá cubierto á esa casa ese pequeño resto.

La otra queja que se alegaba para estarse en el año pasado, conviniendo las tres potencias en hacer una demostracion á Méjico, fué la ley que dió su congreso el 17 de Julio, para suspender el pago de las convenciones por dos años, y esto tambien tiene tres respuestas: 1.^o que, por lo que acabamos de decir, á la Francia, menos que á ninguna de las otras dos, importaba esta suspension: 2.^o que esta medida era aprobada mucho antes por el ministro inglés, segun se ve en su nota á su gobierno: 3.^o que la ley fué derogada, es decir, se hizo lo que pidieron los ministros extranjeros. Con que ¿qué quedó para tomar de allí un *casus belli*?

Otra deuda sobre que se ha querido reclamar, es la de Jecker, y esta tiene tambien sus circunstancias especiales: 1.^o que ella es un buen especimen de los negocios que se hacen con los gobiernos de Méjico y que han sido materia de reclamaciones y de convenciones; 2.^o que se prestó sobre medio millon, y á la manera de Arpagon, con parte en vestuario, parte en papeles de deuda anterior, etc., etc., para

cobrar 15 millones en efectivo con la 5.^a parte de todas las rentas de la nacion: 3.^a que el reclamante no es francés sino suizo: 4.^a que no es deuda de este gobierno, sino de Miramon; y en esta parte debo hacer una rectificacion muy esencial de la maliciosa ó errónea aplicacion que se quiere hacer de un principio, cuando se repite que el gobierno es un ente moral, en que el que hoy lo ejerce ó lo representa está obligado á lo que se obligó el que lo representaba ayer. El principio es cierto, y Méjico lo reconoce; pero hemos de estar en que el gobierno constitucional no ha dejado de existir; que el Sr. Juárez no es sucesor del general Miramon. Un motin militar hizo dejar la presidencia al Sr. Comonfort; su plan, que se llamó de Tacubaya, decia que se estableceria otro gobierno con la aquiescencia de la nacion: la guerra civil desde ese mismo instante, que es la mas fuerte, la mas sangrienta y la mas tenaz que haya habido en la República, es la mejor prueba que se puede dar de que el gobierno de Tacubaya era nulo por sus propios principios, pues que no tuvo su condicion de la aquiescencia de la República. Durante el gobierno del general Zuloaga en Méjico, existia en Veracruz el gobierno constitucional.

El gobierno de Miramon no tenia ni siquiera la aquiescencia de los ministros estrangeros, que á falta de la de la nacion tenia á lo menos el de Zuloaga, si no fué la sola del embajador español, sobre lo que en Europa y en la misma España se ha hecho ya justicia. Pues bien, este gobierno que no tenia de tal mas que el nombre, ni un asomo de nacional ni de legítimo, ni por la voluntad de nadie, es el que comprometia para sostenerse las rentas de la nacion. Los especuladores, contando con lo que despues ha sucedido, no se han cuidado de esos escrúpulos, si-

no que iban á hacer contratos con unos y con otros. Así es, y esta es la última circunstancia de este negocio, que se dice, que á pesar de todas estas nulidades, el gobierno del Sr. Juárez ha hecho la propuesta al prestamista de su enemigo, de pagarle en efectivo millon y no sé cuantos centenares de miles de pesos por el medio millon que desembolsó y que esta buena propuesta habria sido aceptada, sino fuera porque habia otras personas interesadas en el negocio. No sé de quienes se diga con certeza; pero la prueba de que no la invento y de que es voz comun, es, que el gobierno francés ha suspendido ó subalternado al general Forey las funciones diplomáticas de M. Dubois Saligny, *por satisfacer á la opinion pública que le atribuye un interes personal en la ruptura con Méjico*. Si tal especie ha llegado á oídos del gobierno imperial, de lo que se asombra el mundo, es, que todavia se le haya dejado con cualquier carácter; porque todo el mundo se acuerda de la emperatriz romana, injustamente repudiada, “porque la muger del César no debe ser ni sospechada.” Sea lo que fuere de esta especie, vd. ve que no hay deuda ninguna con la Francia ni con los franceses: que todavia, despues de la ruptura de sus compromisos, á cuya deslealtad no quisieron asociarse la caballerosa España, ni la Inglaterra, cuando el digno representante de esta potencia daba cuenta á su gobierno de haberse arreglado con el nuestro, le decia en su nota de _____ que en el mismo arreglo estaban las bases de otro con la legacion francesa, cuyas reclamaciones eran *a mere trifle*.

A menos que se reconozca por un nuevo derecho de las naciones la doctrina del Sr. Billault, en virtud de la cual dice que por pronta providencia se le cobrarán á Méjico 13 millones de pesos; que des-



pues se harán las liquidaciones y se verá si debe Méjico y lo que debe, y se le volverá lo que le sobre. Es parte de esta doctrina cobrar tambien los gastos de una guerra, que no ha sido ni provocada por la una parte, ni declarada por la otra. Como estoy persuadido de que vd. no participa de los principios del Sr. Billault, sino de los de la legislacion francesa en sus códigos y de que se ha de acordar de la palinodia de la otra guerra, en la cual la Francia fué la que implícitamente vino á declarar que Méjico tenia razon en rehusarse á reconocer todas las reclamaciones que se le hacian, pues que á ella le sobró un tercio de su monto, de que no supo qué hacer, convendrá, digo, en que cuando he asentado que á la Francia no se le debe un peso, he dicho una verdad.

Pues igualmente evidentē es que no se le ha hecho un solo agravio. El Sr. Billault ha dicho en el cuerpo legislativo que hace veinte y cinco años que la Francia está sufriendo los ultrages de Méjico. ¿A quién debo yo creer: á vd. y al emperador, ó á M. Billault? Parte de esos veinte y cinco son los que yo tuve el honor de estar cerca de S. M., y de estar tratando con vd.—El recibimiento que se me hizo no pudo ser con mas muestras de cordialidad y aun de distincion, y si bien por lo que toca á mi persona, no fué efecto mas que de estremada benevolencia, de que conservaré eterno reconocimiento, no habia motivo para que fuese desdeñosa ó fría, visto lo que he indicado antes y mi conducta, en interpretacion de mis instrucciones, y la estimacion que se hacia en mi país del nombre de Napoleon. Durante esos años estuve recibiendo constantes manifestaciones de buena inteligencia, y cuando me despedí, S. M. se dignó hacerme el alto honor de decirme que no me decia *adios*, sino “á mas ver.” ¿Qué fué todo esto, señor? ¿Fué falsía, ó fué poca



curia de parte de vd. ó del emperador, en lo que atañe á los intereses ó á la dignidad de su país ó de su gobierno? Yo les hago mas honor que el que les hace, sin pensarlo, el Sr. Billault. No fué disimulo, porque no tenian necesidad de él con un pueblo menos fuerte. Ni fué negligencia en dejar pasar sin queja los agravios, pues que una sola vez que habia apariencia de un agravio, en lo que el interesado llamaba cateo de la casa de un cónsul y atropello de sus papeles, vd. me hizo inmediatamente la reclamacion, por supuesto, en los términos que vd. me trataba, esto es, sin amargura, sin afectar entender que se habia querido ultrajar al gobierno, ni á la nacion francesa, sino inquiriendo de mí las noticias que me habian llegado del caso; y por la esplicacion que hice á vd. y los documentos que le enseñé, de que ese cónsul era el agente de una rebelion y el intermediario de la correspondencia, con abuso de su carácter, vd., con su acostumbrada justificacion, no me volvió á hablar mas del negocio. Otros y otros muchos ejemplos hubo en sentido contrario. Por una reclamacion mia tuvo vd. tambien la justificacion de hacer publicar en el *Moniteur* oficial una rectificacion; y otra vez, con ocasion de la sublevacion de un batallon francés que estaba al servicio y á sueldo de la República, y en la conferencia que tuve con vd. por este motivo, me dijo vd., entre otras palabras dignas todas del gobernante de una gran nacion: "Francés que lleva á otro país armas que su gobierno no le ha dado, no es francés."

Está visto, pues, que la inesactitud de la asercion del Sr. Billault está apoyada en la responsabilidad misma de los diversos gobernantes de la Francia en 25 años; y efectivamente, ese discurso es el mejor experimento en que se haya puesto su habilidad, porque naturalmente se reciente del embarazo en que se encuentra un hombre altamente ilustrado,



que no está penetrado de la justicia de la causa que quiere defender, ni tiene la instrucción suficiente de los hechos que avanza, y en una palabra, se ve que fué un discurso *par ordre*. Reconociendo en su grande inteligencia y en su táctica de sistema representativo el mal efecto de las declamaciones y de las vaguedades contra Méjico, apeló á precisar un hecho; pero tuvo la desgracia de citar uno que no le tocaba á la Francia, con lo que de paso probaba que la Francia no tenia ninguno que alegar: ese hecho fué el atentado de la calle de Capuchinas. Los fondos que ocupó Miramon no eran de franceses, sino destinados á los tenedores de bonos de Lóndres. Y anduvo tan desgraciado en su cita el señor ministro Billault, que citó este hecho para prueba de que el gobierno de Méjico, aun cuando llega á pagar, despues quita lo que pagó; siendo así que quien lo quitó fué Miramon, y quien habia pagado esa considerable suma era el gobierno del Sr. Juárez. ¿No es cosa inaudita y sin ejemplo en la historia, en prueba de mi proposicion, que se haga la guerra precisamente no al que tomó el dinero, sino al que lo pagó? ¿Y hacerle la guerra aliándose precisamente con el que firmó la órden para esa ocupacion? Pero el Sr. Billault, para distraer la atencion de estas monstruosidades que saltarian al ánimo de sus oyentes, procuró hacerlos reir con un episodio de este mismo negocio, igualmente presentado bajo una falsa luz, para imbuir en un error igualmente calumnioso. La sentencia á que alude, se referia á la responsabilidad de dos ministros de Miramon, no á libertar al gobierno de volver á pagar.

Falto de solidez, de exactitud y de demostracion, tuvo que concluir el Sr. Billault su desgraciado discurso con pedir “¡por amor de Dios!” (*sic*), que se tuviera por justa y por patriótica la guerra que el gobierno de Francia ha llevado á Méjico.



Otro agravio que se ha querido alegar de parte de la Francia: el pretendido atentado contra la vida de su representante. No solo se ha probado judicialmente, único modo de probar, nos dice el mundo civilizado, que el hecho fué de todo punto falso, sino que la razon y un poco de juicio bastan para hacerlo inverosímil. No habia ruptura todavia con la Francia: en el triunfo del régimen liberal habian fraternizado los franceses con los mejicanos: ellos adornaron las fachadas de sus casas á la entrada del ejército victorioso, y arrojaron flores y aguas de olor á la pasada del popular y bravo general en gefe Gonzalez Ortega: yo mismo soy un testigo de esas simpatías, pues que entre los víctores que poblaban el aire en ese dia de regocijo, habia algunos para la Francia, cuando pasaban los gefes de algunos regimientos que conocian á mi muger, que se hallaba en un balcon. La prueba judicial no pudo ser mas demostrativa y concluyente, pues que los testigos eran algo mas que lo que los juristas llaman mayores de toda escepcion: los mas fueron franceses, y por consiguiente, si fueran sospechosos de parcialidad, la habrian tenido mas bien por su paisano y representante, que por los que no lo eran y lo hubieran querido matar; pero el Sr. Saligny sabia lo relevante que es un atentado á la vida, y no queria quedarse atras de Luis Felipe, de Luis Napoleon, de Isabel II, con tal que la cosa no llegara hasta la del duque de Berri y de Enrique IV. El Sr. Saligny no advirtió que son objeto de esos medios los soberanos, cuya política perjudica los intereses de una clase ó de un partido, ó perturba la paz ó el bienestar de un pueblo: y eso donde hay sicarios; pero ¡la vida de un individuo que, por mas que él se halla dado á odiar, no quita ni pone en el país en que está, no vale la pena de hacerle el honor de un asesinato, ni corria ningun riesgo en Méjico, en donde nose



conocen esos medios, pues que el único ejemplo que allí se ha dado de esa civilización europea, fué de un extranjero que dejó su nombre en proverbio. Es historia que provocaría á risa, si no fuera por la mala intención que había en ella, y si no se hubiera tomado por pretexto por un gobierno. Y bien ¿qué hacer con un gobierno que dice que va á civilizar á un pueblo semi-bárbaro y le da la lección de no reconocer el principio de las naciones civilizadas de que la prueba judicial es el medio, y el único moralmente posible, de averiguar un hecho, y lo fallado por un tribunal es la verdad? Su inmediato antecesor de vd. dijo que no se contentaba con el proceso que se le remitió y la sentencia que recayó sobre él, sino que necesitaba mas amplia averiguación. Nó se atrevió á provocarla, porque temió que le saliese contra *producentem*; y sin embargo, no temió que en este estado del negocio y cuando él mismo confesaba que su religión no estaba suficientemente satisfecha de la verdad del hecho, enunciarlo como bastante para la guerra que ya estaba haciendo. Este descuido, fatal para la justificación de un ministro, fué hábilmente, si bien con notable moderación, relevado por el último ministro de Méjico en Paris, en su nota de despedida. ¿Y qué se ha contestado á esta nota? Nada; porque lo que no tiene contestación no se contesta.

Así está visto que en este negocio, como en la totalidad de la cuestión y en cada uno de sus detalles, la victoria está adquirida perentoriamente, por la parte de Méjico, en el terreno de la razón.

La última prueba de ello se toma también de la Francia: la proclama del nuevo general que su gobierno manda *á reparar el honor militar*. Esta frase es en efecto el solo objeto de la nueva y mas poderosa expedición. Es imposible que vd. no haya notado, como ha notado todo el mundo, que en tan impor-



tante documento, que debiera ser la demostracion y la justificacion del empleo que se va á hacer de la última razon de los reyes, no haya una sola palabra, una sola, señor ministro, que se refiera á un crédito indebidamente desconocido, ni á un agravio. Ha andado tan desgraciado el general en su proclama, como todos los que han hablado antes de los pecados de Méjico: lo único que dice es, que los hombres á quienes va á hacer la guerra han vendido á pedazos el territorio nacional. Y ni esto es verdad, ni aun cuando lo fuera, le importa á la Francia, y condenando con la mas inconcebible inadvertencia á la misma Francia, y ofendiendo á otras naciones con las que esta está en paz y aliándose, para hacerlo, precisamente y para su desgracia, con aquellos á que les vendria este cargo, si lo fuera, y si él tuviera el derecho de hacerlo.

¿Cuándo, qué parte del territorio, á quiénes y por cuánto, ha sido vendida despues del año de 55 y en 5 que lleva de existir el gobierno constitucional, alguna porcion de la República? ¿No tendria el Sr. general la bondad de decirlo? Aun cuando así fuera, no sabemos, que en la constitucion del país, ni en la de Francia, ni en el derecho divino, esté instituida al que lo envió la tutela de la integridad de nuestro territorio. Si es una oficiosa amistad, habria estado mejor y mas oportunamente empleado ese celo por cuidados agenos, cuando se nos hizo otra guerra igualmente injusta y solo por la codicia de esos territorios; si hubiera venido la Francia en auxilio de Méjico, con sus fuerzas ó con su dinero, á impedir que nos lo arrebatasen, ó si viniera hora á ayudarnos á recobrarlos. Tampoco hemos visto en Grocio ni en Puffendorf que esto sea un *casus belli*. Hemos de estar en que, ni en el gabinete, ni en los cuerpos legislativos, cuando me ha tocado citar en épocas de estas cuestiones, ha con-



currido sin voto para estos arreglos; pero si yo he hecho cuanto he podido por impedirlos y siempre los he altamente reprobado, no reconozco en Francia, ni en nadie, que no sea mejicano, el derecho, no solo de echárnoslo en cara, pero ni de calificarlo.

En ese reproche va envuelto otro al pueblo que lo adquirió, porque no se puede dar venta sin comprador. Un dia vendrá en que se rechace ese cargo por el pueblo á quien le toca; pero eso es asunto suyo. Lo que en general me toca á mí observar es que, si cesiones y adquisiciones de territorio son un crimen que pone las armas en la mano al gobierno francés, ¿por qué no se echa por ahí castigando uno tras otro á todos los pueblos de la tierra? Porque no hay uno que no sea reo del mismo delito. Y como el buen juez por su casa empieza, ¿por qué no va castigando á la Francia y castigándose á sí mismo? ¿Qué hizo la Francia con el Canadá, con Santo Domingo y con tantos otros? ¿No vendió el tío Napoleon I, la Luisiana á los Estados-Unidos? y ¿para qué? para hacer una guerra, nos dice el Sr. Thiers. ¿Qué ha hecho el sobrino Napoleon III? ¿No se ha anexado ahora á Niza y la Saboya? Si el Piamonte ha hecho mal en ceder esos territorios, no puede haber hecho bien la Francia en adquirirlos. ¿Quién mas que la Francia ha perdido territorios? Lo cierto es que el mundo conocido no está dividido mas que en dos idiomas: el inglés y el español; ya el francés no se habla nacionalmente mas que en Francia. En todas las demas partes no es mas que un adorno de educacion, aun en el bárbaro Méjico, ó una necesidad, por cuanto en ese idioma están compuestas ó traducidas casi todas las obras de historia, de ciencias y de literatura, y tambien son vulgares en Méjico.

No habiendo alegado deudas ni agravios, el general francés para llevar la guerra á otro país, ¿qué le



queda mas que caer en las mas deplorables contradicciones? ya que no me sea permitido darles otro nombre, por tratarse de un asunto tan serio, y por no herir personalmente á un soldado leal, que no conoce mas que su consigna y á quien se ha comprometido. Dice que la Francia no se mezcla nunca en las discusiones intestinas de las naciones extranjeras; no mas va á hacer la guerra á un puñado de hombres, que se sostienen por el terror. Así habia dicho en su proclama á sus soldados, que no era verdad que habian sido vencidos en Puebla; no mas que la victoria les habia sido infiel en esa vez. La cosa está dicha en una bella frase retórica; pero para el lector, aunque no haya sido el *embustero* y el *presuntuoso*, y mucho mas para los que quedaron muertos ó prisioneros, y para los que se volvieron por donde habian ido, la significacion es la misma.

Si ha habido abusos, que han hecho odiosa una bella causa, y no seré yo el que los niegue, ni trate de disculparlos, yo que odio el despotismo bajo cualquiera forma y mucho mas el que se ejerce en nombre de la libertad, yo, que los he denunciado en documentos públicos oficiales al gobierno mismo, digo lo que de las ventas de territorio: ese es asunto nuestro, y en la respuesta de la Francia á igual oficiosidad de Méjico, apoyo el derecho de mi país para que ni ella ni ninguna otra potencia intervenga en sus disensiones intestinas. ¿Qué diria la Francia si fuerzas de Méjico aparecieran en sus costas, anunciándole que no mas iban á libertarla de la opresion, á proteger á sus hijos perseguidos, á hacer que volvieran á su patria los que, despues de once años, comen el pan del destierro en la Guyana y en Jersey, y son objetos del interes y de las manifestaciones de simpatías y de aplausos á su mérito y á su constancia, en convites y en ovaciones en Londres y en Bruselas? ¿No es verdad que no se dig-



narian de contestarme sino con la risa de la suposición de ver á Méjico invadiendo á la Francia? Luego toda la razon que hay para que sea bueno en una lo que es malo en la otra, es que la una lo puede hacer y la otra no; pero esta razon es tan fuerte, que á mí se me llevará á mal y será un escándalo inaudito, que me atreva á decir que en Francia no hay libertad y que hay oprimidos y desterrados sin forma de proceso, aunque yo no haga mas que repetir lo que no he sabido sino por la prensa europea, escepto la francesa, y por los gemidos de las víctimas. Si yo me engaño en lo que veo y en lo que oigo, no tengo necesidad de preguntarlo á los que viven en Méjico, cuya correspondencia no dejan los franceses salir libremente de la República, sino solo á los que conozcan, práctica ó teóricamente, las diversas formas de organizacion política; ¿en dónde será mas posible y mas creible el régimen de la opresion? ¿En un sistema militar ramificado, concatenado, cubriendo toda la superficie de un país y dependiendo de la voluntad de un solo hombre, á quien no pueden llegar las quejas del que tiene una mordaza, aun para servirse del órgano de la tribuna ó de la imprenta, y que no puede ver todo lo que se hace en su nombre por mejor intencionado que sea, ó en un país en que el mal es precisamente la exageracion de lo contrario, porque el gobierno nacional, es de ruego y encargo con gobernadores que él no ha nombrado y á quienes no puede quitar; en donde la imprenta, la tribuna, las urnas electorales, las reuniones populares, todos los órganos de la opinion pública están abiertos á todo el mundo?

Lo de los nueve décimos oprimidos por una minoría, es un absurdo. En cuanto á la opinion sobre la intervencion estrangera, es tan al contrario de lo que se ha dicho, que si hubiera caso, la opresion seria al revés; es decir, si el gobierno no estuviera animado



del mismo espíritu y en el mismo grado que todos los ciudadanos de toda la República para repelerla peleando hasta la última estremidad; si no anduviera tan aprisa y á la cabeza de la columna, él seria el atropellado y ya habria sido derrocado cien veces.

Hay que distinguir tambien entre la opinion sobre la reforma, la opinion sobre la forma de gobierno y opinion sobre intervencion. Como la reforma no se hizo gradual, ni con la política de no herir creencias ni intereses, como el profundo político Iturbide hizo la independendencia, sino que tuvo que ser violenta, por la guerra civil que provocaron las clases privilegiadas, la opinion acerca de ella es la mas dividida. Estas cosas no se hacen sin sacudimientos, ni en un dia. Todavia hoy hay diversas opiniones en Francia, despues de haber pasado dos generaciones. Hoy todavia vemos las cuestiones que se suscitan porque el gobierno francés suprime á los redentoristas, y vemos las pastorales de sus obispos, y las cartas que le escriben al emperador, y la paz del mundo pendiente de la resolucion de cuál ha de ser la capital de Italia y de la cuestion de la potestad temporal. Todavia hay diversidad de opiniones en Inglaterra y á punto de que se miran unos á otros con horror, despues de cerca de dos siglos. Yo he oído decir en Lóndres cuando la guerra de la India, que era un castigo de Dios por el cisma, y se ha hablado en estos dias de intenciones de la reina de abdicar por querer hacerse católica. No sé el fundamento que tenga esta especie; pero aun cuando no tenga ninguno, basta para mi intento el solo hecho de haberse hablado de ella. En Méjico no ha habido en esta parte un cambio radical, como en los tiempos de Cronwell y de Enrique VIII; la nacion ha quedado católica, como lo era, y lo que ha hecho la reforma es, quitar fueros y monopolios y la barrera que oponian antes las



leyes á la libertad religiosa, es decir, que Méjico no quiere enmendarle la plana á Dios, que tolera en el mundo de su creacion, que cada cual le tribute el culto y la reverencia de su fé ó de los alcances de su gracia. Pero como esto solo importa grandísima novedad en lo que se vió al nacer, es natural que se cuente un mayor número que lo repugne: las clases privilegiadas, que lo esplotaban, por supuesto, y la mayor parte con opiniones razonadas á su modo y con una respetable limpieza de corazon, son enemigos de la reforma, si bien no han dejado de ser católicos y muy buenos cristianos allí, como en Francia, los que están por ella.

Con igual buena fé hay quienes opinen que Méjico estaria mejor gobernado y entraria mas pronto al camino de su prosperidad bajo una forma monárquica. No hablo de aquellos, que no habiendo nacido en Méjico, no pueden sentir el orgullo de no ser súbditos, ni patrimonio de ninguna familia ni persona, ó que aun cuando hayan nacido allí, son partidarios de un gobierno fuerte, porque cuentan con ser de los que ejerzan la fuerza á su sombra y no de aquellos sobre quienes se ejerza, ó que gustan de figurar en la comedia humana, cuando por mérito personal, no han podido distinguirse en un sistema popular; hablo de los que miran solo los primeros años de la vida de una nacion, que heredó de sus antiguos dominadores vicios sociales y gérmenes de disension: que creen que las turbaciones serán endémicas en el sistema republicano: que, sin exámen de la historia de las demas naciones, precisamente y sobre todo, de las que pretenden enseñarnos, se dejan seducir de la metáfora de que Méjico dió un salto prematuro desde el último grado de esclavitud hasta el maximum del régimen mas libre. Entienden y dicen que para prepararlo para la libertad, el mejor remedio es volverlo á oprimir, é in-



troducirle de nuevo los mismos vicios y los mismos inconvenientes. Hay quienes piensen así con el mas puro patriotismo, porque quisieran que su patria entrara de una vez en el camino de su prosperidad y que la conduzca al culmen de una gran potencia en el mundo, que en efecto está destinada á serlo. No es del caso entrar al exámen de los fundamentos, ni de si este modo de discurrir es una ilusion y un círculo vicioso, porque lo que estamos haciendo es el cálculo de la importancia numérica de lo que se llama division entre los mejicanos. Decimos, pues, que en efecto hay monarquistas; estos no son tan numerosos como los opuestos á la reforma. Partidarios de la intervencion, no hay mas que ver lo que ha sucedido en cerca ya de un año que ella apareció en el territorio de la República y que se internó hasta Puebla, y que, derrotada allí, tuvo que retroceder, y se ha pasado este tiempo fortificándose y esperando que de fuera le vengan á reforzar, para hacer el cálculo de su popularidad. Los que la mandaron y el ministro que la pidió, dicen en su obstinacion, que sus simpatizadores no se han atrevido á irse hasta ella, y que es necesario que llegue hasta la capital. Si llegara hasta sus puertas, y esto no lo haria sino dejándola sus simpatizadores, tener que librar ó que sostener cien batallas en el camino, le sucederia lo mismo que en Puebla, que sus moradores le repitieran las cartas históricas de O'Horan y de Negrete, que son un monumento eterno de vergüenza para los pocos mejicanos desgraciados que la acompañaban. Suponiéndola mas afortunada que en Puebla, no hallaria allí los nueve decimos oprimidos y tendria que ir mas adelante. ¿No le parece á vd. un espectáculo digno del cálculo de las probabilidades, ó mas bien dicho, de la pluma de Courier ó de la de Molière, una intervencion amistosa, que se pone en camino desde Francia,



porque su ministro le dijo al gobierno que en el cabo del mundo habia unos nueve décimos de la poblacion oprimidos por una minoría insignificante, y que, batida por esa minoría, se echa á buscar por todos los ángulos de la República esos oprimidos, tan tímidos que no se han atrevido ni á pedirla, y que siendo nueve millones necesitan que los vengan á animar 30 ó 40 mil franceses para no dejarse degollar en el reinado del terror por un puñado de hombres? Pues bien, señor: la esperiencia está hecha: esto que parece paradójal, se ha tentado ya, y el resultado que ha dado habria sido suficiente para demostrar la ninguna popularidad de la intervencion, si no hubiera una idea fija, un designio *arreté et quand même*. Ya se ha visto que quien ha querido triunfar por el reinado del terror, por medio de la violencia y de la opresion y violando sin escrúpulos ni conciencia el derecho de gentes, es la intervencion. Ella se internó, por una felonía, á Córdoba, á Orizava, á Tehuacan y hasta las puertas de Puebla: no encontró ni un solo individuo de los nueve millones, ó de esos nueve décimos; en todas partes, pero principalmente en el último lugar y en Tlacotalpam, fué recibida á cañonazos, y se retiró mas corrida y mas confusa por el desaire, que por la veleidad de la infiel victoria, ya que el Sr. Forey no quiere que le llamemos derrota. En Córdoba, hizo un pronunciamiento, siendo su mision venir á cortar la carrera de los pronunciamientos, y en su correspondiente plan, que es de rigor en todos ellos, tuvo que hacer figurar firmas de muertos, y sufrir la vergüenza de que las de los vivos fueran desmentidas por sus dueños! Para corresponder á sus partidarios, que dice son nueve décimos, que la esperaban con los brazos abiertos, ha ido á metrallar la isla del Carmen y á bombardear la plaza de Campeche. En el puerto de Mazatlan honró á la Francia



con otro hecho digno de las naciones civilizadas: desartilló un buque mejicano, que no podia defenderse, y despues de quitarle cuanto tenia, lo echó á pique. La intervencion, para ir á restablecer el órden y la moralidad, ha ido á ofrecer premios á la rebelion, á la traicion y á la inmoralidad: su representante titular y promovedor, halagaba con el baston de mariscal y el título de duque y con qué sé yo cuantas cosas, al general en gefe de nuestro ejército de Oriente, porque se *pronunciara* contra su gobierno; y dijo y expresó, que todo esto lo ofrecia en su calidad de ministro y en nombre del emperador; pero anduvo torpe la intervencion, porque precisamente fué á tocar á la puerta de un digno mejicano. Corrido de ella, y con vergüenza de sus propios paisanos, fué á calumniar á este mejicano, y á demostrar á la nacion entera ante el extranjero, buscándose el apoyo de las autoridades españolas. Esto provocó la carta que le dirigió y publicó el general Uraga, y que yo mandé á vd. inclusa en la mia anterior

¿Será preciso, Sr. D. Eduardo, molestar á vd. con la enojosa relacion de los hechos repugnantes con que se ha manchado la intervencion francesa por tentar su popularidad en Méjico? No, porque seria inacabable y mortificante para vd., que, estoy seguro, lo siente en su corazon. No mas le diré que el sello de esta demostracion, no lo puede vd., ni ningun hombre, nacido francés, desconocer: tal es la conducta del nuevo general y plenipotenciario, que no es mas que una sucesion de palinodias en cumplimiento de las instrucciones de su gobierno: su desconocimiento de luego á luego de la autoridad que habia puesto en Veracruz el que se titulaba *gefe supremo de la nacion*, con todo y que era su paisano (de Forey): el restablecimiento de los mejicanos en que estaba dividida esa autoridad: la degrada-



cion ó subordinacion del Sr. Saligny á una embajada, que tambien tiene su plenipotenciario en gefe: el destronamiento, por un decreto, del gefe supremo que habia creado la intervencion, diciendo ¡jella! ¡jella, que lo habia creado! que esa autoridad no se la habia dado sino él mismo, cosa que ya se lo habia dicho el ministro inglés desde Méjico, es decir, que ningun pueblo ni ninguna autoridad mejicana lo habia hecho tal gefe supremo, y añadiendo, lo que era verdad, que ni siquiera se tenia noticia de su existencia en el interior de la República; los términos en que ha hablado el general Forey de los mejicanos que se habian aliado con ellos y por los que se infiere los con que serán tratados, y el papel que allí harán, digno y merecido premio de la traicion. Otros actos en detall, han acompañado á estos principales, y estas retiradas en el terreno de la politica, importan mas ante el mundo para condenacion del gobierno imperial, que la de sus tropas desde las puertas de Puebla hasta las cumbres de Orizava y dentro de los parapetos del Chiquihuite. ¿Quién sabe si una de esas palinodias habrá sido la salida del ministerio del S. Thouvenel, el autor de las célebres instrucciones al almirante La Gravière? En mis ensueños me ha ocurrido que la mas importante era la vuelta de vd. Si ha sido un ensueño, no habrá provenido mas que del habitual interes que tengo por su gloria y motivado por sus ideas cuando la cuestion de Oriente en Viena.

El Sr. Forey ha dicho que el presidente Juárez es una calamidad. Efectivamente, así lo ha oido á los mejicanos que están con él; así lo dicen tambien algunos de los mismos liberales, por diversos principios; unos, demagogos, porque no ha ido mas aprisa, guillotinando clases enteras, como en tiempo de Robespierre, y espulsando los franceses en masa; otros porque dejó desnacionalizarse la nacionalizacion de



los bienes llamados del clero, dejándolos monopolizar por franceses. Yo no emprenderé un tratado sobre los derechos del Sr. Juárez, ni un panegírico de sus cualidades personales, porque eso sería reconocer el derecho en el extranjero de entrar en este terreno; mas por otra parte, mi informe es imparcial, porque no he sido antes honrado con su amistad, ni he tenido mas relacion que haber sido compañero suyo en algunos cuerpos legislativos, y como estoy fuera de la República, no ha lugar tampoco á decir que soy de los nueve décimos oprimidos. Pero para Méjico, en sus relaciones exteriores, el Sr. Juárez es un principio, y yo, en calidad de mejicano, lo defiendo, como defenderia el nombre Zuloaga, el nombre Comonfort, el nombre Gonzalez Ortega, el nombre Doblado, el mas reaccionario y el mas demagogo, y hasta el nombre Almonte, si el que tiene la desgracia de llevarlo hubiera obtenido, por el voto de sus conciudadanos, la presidencia que ambicionaba, y no hubiera preferido quedar en la historia con el del segundo conde D. Julian.

Si el presidente Juárez es legítimo ó no, si es bueno ó malo, ese es asunto nuestro; y si traiciona á su patria, ú oprime á sus conciudadanos, hay leyes en la República para exigirle y hacer efectiva su responsabilidad. Así es que, lo único que dijo de acertado el Sr. Billaul, aunque para hacer reir, fué que: "si los mejicanos desairan la intervencion estrangera y están contentos con su Juárez, que buen provecho les haga," Venir de fuera, y precisamente de Francia, á decir que ha sido impuesto por la fuerza, en Méjico causa risa, en el extranjero causa escándalo. La fuente de mis demostraciones en esta parte, como lo observará vd., que lo es en todos los puntos de esta carta, es la doctrina reinante en Francia y el título de su emperador. S. M. se llama Napoleon III por la voluntad de la na-



cion francesa: ó S. M. no es legítimo ó lo es el Sr. Juárez, y esto lo reconoce S. M., tanto por lo que dijo en su nombre y con acierto el Sr. Billault, como por lo que escribió al general Laurencez en una carta, á saber: que no sentaba bien á su origen ir á imponer otro gobierno á los mejicanos. Por este principio, tampoco debiera ir á tratar de echar abajo el del Sr. Juárez. Si hay alguna diferencia en el origen de la autoridad de uno y otro, es el favor de este último. Allá, con un sistema centralizado á militar, y despues del golpe de Estado, se dió como una prueba de que habia habido libertad en la eleccion, que hubo algunos votos en contra, en una proporcion de 600 y tantos mil votos, por cinco, ó seis, ó siete millones en favor. Acá, en un sistema popular, sin ejériteo ni prefectos, sino con veinte y tantas soberanias independientes, hubo en todas ellas dispersion de votos entre diversos ciudadanos; ninguno de los cuales se presentó á candidatura, y los que reunieron mayor número fueron en proporcion de cinco mil y tantos D. Benito Juárez, y cada uno de los CC. Gonzalez Ortega y Lerdo, de 1,800 á 2,000. El congreso, elegido tambien popularmente, declaró que el elegido de la nacion era D. Benito Juárez. Todavía mas: á poco tiempo despues, 51 diputado dirigieron á este ciudadano una representacion pidiéndole renunciara la presidencia. No le decian, ni le podian decir, que no la tenia legítimamente por voluntad de la nacion, puesto que ellos mismos habian declarado lo contrario, sino que su moderacion no corrépondia al vigor que ellos querian se manifestara en ciertos ramos de la política ó de la administracion, y querian que entrase otro en su lugar. Esta representacion fué enviada á todos los Estados, con una circular en que escitaban á sus pueblos y á sus gobiernos á que la secundaran; y de todas partes, de todos los gobiernos y pueblos,



que eran los comitentes de esos diputados, vinieron desechando la escitativa, que no produjo mas efecto que decretos de las legislaturas y actas de juntas populares, aun de aquellos Estados que no habian votado á D. Benito Juárez, declarando que no reconocerian ni obedecerian otras autoridades que las que emanaran de la constitucion; de manera que no les quedaba á los diputados, deseos de un cambio, ni el arbitrio de ganar una mayoría en el congreso para poner otra persona. Si en todas estas elecciones reiteradas y refrendadas, se quiere decir que hubo abstencion de una gran mayoría de reaccionarios que se quedaron en sus casas, ¿á qué debemos estar? ¿cuál es la regla, cuál el áncora segura para la paz de los pueblos; cuál es esa que invoca el emperador de Francia, como el origen legítimo de su autoridad? Dejar de ir á la casilla, abstenerse de cumplir con un deber, que es en daño ó en provecho suyo, y quedarse á murmurar cada uno en su rincon y sin uniformidad entre ellos mismos para su candidato, porque cada uno tiene el suyo, para apelar despues á las armas y en el campo de batalla disputarse la presa cada gefe militar, ó aliarse con fuerzas extranjeras para otra forma y otros gobernantes ¿será un principio que admita el sistema imperial actual de la Francia? Creo que no; pues entonces, ¿cómo va, inconsecuente consigo misma, á hacer resucitar cuestiones decididas por los medios legales y únicos posibles y á envalentonar minorías egoistas, divididas y sobre todo, derrotadas, tanto en el campo de batalla como en el del escrutinio? ¿Qué seria de este pueblo de los Estados- Unidos, si tales ejemplos se dieran en sus elecciones? No hay mas que calcularlo por la animosidad que se ha tenido en las elecciones de estos dias y las cosas inauditas que se dicen; pero la guerra ha quedado en los papeles.



En cuanto á la ferocidad del carácter de ese Sr. Juárez, que se ha querido á fuerza presentar en el extranjero como un tigre, debo informar á vd., como hechos públicos, que: dos veces ha sido gobernador en el Estado de Oaxaca. En esas dos épocas, no se llegó á dar un solo ejemplo de un francés, de un español, ni de ningun extranjero, que haya sido vejado ú oprimido, y es fácil designar á quién, si esta asercion no es tan absolutamente esacta.

Esta interpelacion se ha hecho ya al comisario francés en los primeros dias de Abril cuando se estaban preparando las conferencias, que conforme á los convenios de la Soledad deberian abrirse el 15.

Dijo ese señor, que posteriormente á ellos, habia recibido cartas de Méjico en que le daban parte de nuevos ultrajes y nuevas vejaciones hechas á franceses: ¿se le preguntó á quiénes? No era una curiosidad impertinente de un partidario del Sr. Juárez, ni siquiera de un mejicano: eran sus compañeros, interesados tambien en tener materiales para reforzar sus reclamaciones, y él lo estaba en probar la esactitud de lo que avanzaba: eran comisarios plenipotenciarios de la misma categoría que la suya, representantes de las otras dos potencias aliadas de la Francia, sus iguales é igualmente unidos para un mismo fin: se lo preguntaban con derecho y con autoridad: les debia una respuesta. Vd., como buen francés y como todos los buenos franceses, se habrá ruborizado de la que les dió; pero para mi intento es la mejor prueba de que no hubo un solo caso que probara el aserto del Sr. ministro ó del que se lo escribió. ¿Qué mas? Estaban los franceses á treinta leguas matando mejicanos, y no solamente estaban sus paisanos vendiendo tranquilamente sus mercaderías en sus tiendas abiertas, sino que aun los que eran partidarios de la intervencion y aun los que habian provocado aquella matanza, paseando impu-



nemente por las calles, sin que un solo grito, ni en general, ni en particular á ninguno de ellos les incomodara. Se recibió por el telégrafo la noticia de la victoria sobre los invasores: ella cundió en toda la ciudad con la rapidez eléctrica con que había venido: el regocijo fué, el que debe suponerse, manifestándolo el pueblo con vítores y música por las calles; pero, lo que es oficial, lo que dependía de la voluntad del presidente Juárez ¿vd. cree que se hicieron salvas de artillería, ó que se permitió que se repicaran las campanas? No se oyó un solo cañonazo ni el sonido de una sola campana, no obstante que seria tan justo y natural, como lamentable es que se solemnicen victorias sobre hermanos. En la noche hubo la circunstancia del incendio de una casa en una calle principal, lo que allí es raro y provoca grandes reuniones de gente y carreras y agitación; ni por este incidente hubo un solo desórden, ni un insulto á ningun extranjero. Este es el presidente Juárez, y este es el pueblo mejicano.

Algunos meses antes, cuando se estaba todavía en el mayor ardimiento por la audacia despechada de los restos reaccionarios, llegó la noticia del asesinato en frio de D. Melchor Ocampo. Habia sido este ciudadano amigo personal íntimo del Sr. Juárez, y su ministro: se habia retirado y vivia en su hacienda de campo, guardado no por escolta, sino fiando la seguridad de su persona á su ninguna participacion en la política, y al respeto, el mas comun, el que tienen hasta los salvajes al hombre indefenso, desarmado, confiado é inocente. De allí le fué á sacar un español con una gavilla que mandaba, lo condujo al cuartel general reaccionario, que se hallaba á una gran distancia, el cual lo hizo fusilar. A la llegada de semejante noticia y mas despues á la de su cadáver á la ciudad, hubo, como debia haber, una general indignacion y un horror tal, que



desde entonces dejó de ser Márquez el caudillo militante de los reaccionarios directores que estaban en Méjico; y si esto sucedió con los reaccionarios, ¿qué no sería en el partido liberal? La indignacion subió á tal punto, que provocó una lamentable ley por parte del congreso, inútil en las costumbres mejicanas, y por parte del pueblo, un tal deseo de venganza que se formaron muchas reuniones, las cuales en tropel, y los clubs, se fueron hasta la habitacion del presidente, á pedirle les entregara los reos políticos que estaban en las prisiones, y eran los que habian servido de ministros á la reaccion y otros funcionarios, ó que los mandara ejecutar en el acto. El Sr. Juárez tuvo la firmeza de despedir aquellas multitudes, diciéndoles que aquellos reos estaban juzgándose y bajo la proteccion de la ley; que primero pasarian por sobre su cadáver, que tocar á la persona de ninguno de ellos: que mandaria fuerza pública á protegerlos; y efectivamente, cuando esos amotinados, sedientos de venganza, no encontraron allí apoyo y salieron de palacio, dirigiéndose á las prisiones, las encontraron bien guardadas y tomadas con tropas todas las avenidas: y los presos fueron salvados, y ni entonces ni despues ha sido ninguno sacrificado. Esto lo informó el ministro inglés á su gobierno, al revés de lo que decia el ministro francés al suyo. Algunos de esos ministros, que habian sido de Miramon, salieron al extranjero, amnistiados por el gobierno de Juárez, y otros han quedado allí quietos y tranquilos, siempre apreciados por su honradez y demas cualidades personales. Y es de advertirse, que en ello se habria hecho popular el Presidente, que deseaba, como todos, vengar la muerte de su ministro y su amigo; pero bien le estuvo haber tenido el buen sentido de no querer ganarse esa funesta popularidad; porque, y esta anécdota la refiero para instruccion de



vd. y del gobierno francés, en la que verán cuán popular es la intervencion aun entre las personas que ella se ha arrogado el derecho de calificar por las únicas sensatas: uno de esos ministros, proscritos, de Miramon, no estaba preso, sino oculto, á salvo de toda persecucion. Pues bien, este buen mejicano tuvo el valor de presentarse espontáneamente, diciendo al gobierno y publicando por los periódicos, que prefería ser condenado por sus paisanos á ser absuelto por extranjeros, ni aun sacado por su mano del horroroso lugar en que se habia refugiado.

Una sola ejecucion hubo, que produjo gran sensacion por la calidad de la persona; y esta no fué mandada por el presidente Juárez, porque tanto el ministro que habia quedado con él en la capital, como los dos que se hallaban á esa sazón ausentes, conferenciando con el general Prim en Orizava, cada uno por su lado mandó, por el telégrafo ó por extraordinarios, órdenes para que no se le aplicara la pena de muerte; espresando que no habiendo llegado al campo enemigo, no deberia calificarse reo mas que de haber violado su confinacion, en cuyo caso, segun la ley reciente, le tocaba la pena de diez años de destierro; pero estas órdenes y esta ingeniosa interpretacion de la clemencia, llegaron demasiado tarde. Un consejo de guerra formado en la noche, se atuvo á la letra de la ley, y no vió en el aprehendido mas que el delito flagrante, y le condenó á muerte, sentencia cuya ejecucion siguió inmediatamente á su pronunciamiento. Los amigos del general Robles no admitian la posibilidad en tan noble caballero, de que se fuera á aliar con los invasores de su patria, sino que, presumian, en honor suyo, que como en su reciente pronunciamiento, conocido por el de Navidad, iria á gestionar que la expedicion de las tres potencias no tuviese un carácter hostil, sino de con-



ciliacion de los partidos y en apoyo de un orden legal y liberal; pero el consejo encontró un apoyo de su juicio en la conducta de los que le acompañaban y se escaparon, que llegaron al enemigo, y juntos con él hicieron armas contra su patria, y juntos con él fueron derrotados en Puebla.

En este episodio hay que notar dos circunstancias, tambien para ilustracion del ánimo de vd., y para que forme el juicio que debe de todas las que han acompañado á una intervencion, que no ha tenido una sola razon de ser. Por supuesto que lo de haberse cojido á lazo á este general y arrastrádole, es una grosera invencion, que la he venido á oír por primera vez fuera de la República. Pero es de notarse que una de las objeciones que hacia el ministro francés al gobierno del presidente Juárez, para reconocerle, era que no tenia bastante fuerza para sostenerse é imponer á sus enemigos, y cuando con un castigo tan severo y sobre una persona tan visible y de tanta valía en la sociedad, probó este gobierno que tenia los medios de tal para hacer cumplir sus leyes y someter á sus enemigos, entonces se le acusa de ser sistemáticamente cruel! ¿No es esto un partido tomado por fas y por nefas, porque se tiene necesidad de un pretesto?

Está tan caracterizada la pasion en todas estas alegaciones, que hablando de esta ocurrencia el Sr. Billault, dijo que la rabia sanguinaria de Juárez se habia cebado *hasta* en un hombre de bien, *en un país en que tan pocos tienen títulos para esta calificacion.* El *hasta* sobra; pero ¿qué son de la fria justicia estos insultos á una nacion en masa? ¿Qué noticias tiene de Méjico el señor ministro sin cartera? Acaso estudiaría la historia de la conquista en Solis, y no tiene de Méjico moderno mas que los informes del último enviado, sin pensar que es el que se ha desmentido á sí mismo, el que quiere hacer



proverbial, hablando del general Uraga, que es *mentiroso como un mejicano*. Con perdon del Sr. Billault, ese cumplimiento, que en su lengua creo que se llama una *boutade*, da lugar á calificarlo, ademas de lo que en la misma espresiva lengua se llama *maladrese*. ¡Pues no es la gente sensata la que viene á libertar en la República mejicana la intervencion francesa, y no tiene necesidad, para tan oficiosa ayuda, de decir que nueve décimos de su poblacion son los oprimidos? ¡y no dice el Sr. Forey que no viene á hacer la guerra mas que á un puñado de hombres sin escrúpulos ni conciencia? Luego la sensata es la gran mayoría: luego donde hay nueve décimos de gente sensata, escrupulosa y concienzuda, no son tan pocos los que tengan títulos á ser calificados de respetables: luego aquel hombre de Estado se cortaba la cabeza con su cumplimiento de mal tono. ¡Ya vd. ve, señor ministro, qué miserias, y á qué inconsecuencias conduce una mala causa? No es vd. el que hubiera tenido semejantes descuidos; ya se ve, tampoco es vd. el que se formara juicio por los informes de una parte.

Otro ministro estrangero, muy amigo del francés, observando, sin causa para ello, una conducta contraria á la de sus predecesores, de cara memoria en la República, habló de asesinatos diarios, principalmente en franceses. Franceses son los que, por papeles públicos, han *desafiado* (y usando de esta palabra) á que se designe en quiénes: y la respuesta se está esperando, como la que pidieron los plenipotenciarios inglés y español, en Orizava, al francés. A mas de las manifestaciones espontáneas de los franceses, por escitativa del tribunal de Jalisco, se ha instruido una averiguacion judicial en toda la República, para que todos los franceses residentes en ella, vayan á declarar, en presencia de sus cónsules, las quejas que tuvieran. Es regular que el gobier-



no la haya enviado al de Francia. El resultado le ha de haber sido contrario, pues que no la ha publicado y el de Méjico sí.

Habrán en algunos caudillos de las fuerzas liberales, durante la guerra civil, abusos que citar: hay por desgracia funcionarios del orden constitucional, cuyas maneras y cuyo personal, no hagan honor al partido, y cuyo despotismo brutal es condenado por la constitucion, y quisieran los liberales ilustrados reprimir, por interes mismo de la libertad; mas ¿dónde no? No hay mas que volver sobre sí mismo. Los historiadores franceses de la primera revolucion, del consulado y del imperio ¿no citan los hechos de altos funcionarios que degradan á sus autores y deshonran á una causa y á una nacion? ¿Y es cosa de desembarazarse de ellos en tiempos de turbulencia, y en que la política, es decir, la necesidad de su propia conservacion, hace peligroso ó imposible el ejercicio normal de la justicia? ¿Podráse negar el mágico poder de Napoleon I? ¿Y qué decia él mismo en Santa Helena de algunos de sus grandes mariscales? Aquí mismo, en estos momentos, ¿no hay cuestiones con el gobierno de Washington por arbitrariedades de algunos de sus agentes? y la prensa y los consejeros de la administracion ¿no la están asediando para que no se muestre débil y vaya á sacrificar á sus probados servidores, que le dan victorias, ó le mantienen Estados en la Union, á exigencias importunas de estrangeros? Yo no me meto en discutir quienes tengan razon; cito hechos. Solamente haré las observaciones que puedo hacer en mi calidad de particular y en una carta: ¿Los gefes de partidas reaccionarias están escentos de esos atropellos en súbditos estrangeros, y de esos hechos á quienes se les quiere dar el nombre y la categoría de insultos á sus naciones? ¿Quiénes pusieron el fusil en el hombro é hicieron marchar á cónsules



ingleses entre filas y aun los pusieron en capilla? ¿Quiénes atropellaron precisamente á franceses, últimamente en Arroyo Zarco? Aquellos mismos con quienes se han aliado los franceses. En todo caso, esos hechos que se imputan á gefes de los ejércitos liberales, en buena ley de las naciones, serian la materia de un ultimatum, y en caso de que no se hiciera justicia á una debida demanda, se haria entonces una declaracion de guerra en forma para obtenerla por la fuerza. Pero nada de esto se ha hecho. Búsquela vd. en los archivos del ministerio á cuyo despacho ha vuelto, y no encontrará ni siquiera contestaciones que se hayan tenido previamente con el gobierno del Sr. Juárez. No habiéndose negado este á la reparacion justa que se le hubiera pedido, mal se podria decir que el hecho por sí solo fuese un caso de guerra. Me confirma en este concepto la conducta misma de la Francia, llegando hasta la magnanimidad de aliarse con los autores y perpetradores de hechos iguales y mas repetidos, y de mas cualificada odiosidad. Con que la intervencion es de tal virtud y eficacia, que en aliándose con ella, aunque se hayan cometido los mayores pecados del mundo contra la Francia, al punto se perdonan todos y se queda en gracia del invasor.

Como al que afirma es al que le toca probar, me bastaria que se hayan quedado sin respuesta las interpelaciones de los franceses residentes en varios puntos de la República, y de los comisarios inglés y español al francés, para que en el juicio de vd., como ya sucedió en el de todo el mundo, quedase demostrada la inesactitud de las aseveraciones del Sr. Saligny y del Sr. Billault en contra del presidente Juárez; pero yo he ido mas adelante, porque estoy hablando con vd., y por esta consideracion he prescindido del derecho de cerrar á todo extranjero el recinto doméstico, y soy quien ha citado hechos pre-



cisos, sin necesidad de hacer un panejírico de la persona del primer magistrado de la República, y apoyándolos en documentos públicos oficiales, algunos de los cuales no son de mejicanos, sino de personajes caracterizados en informes á sus gobiernos.

Si la intervencion es injustificable en sus pretestos, no hay nada que la pueda disculpar en todas y cada una de las circunstancias que la han acompañado; una sola de ellas bastaria para deshorrar á una nacion.

En Europa no se comenzó á pensar en Méjico, sino hasta que aliándose el espíritu de venganza de algunos mejicanos con antiguas ilusiones de otros, se dió nacimiento á la idea de una posible solucion de cuestiones europeas con sacrificio de una nacion en América, que se tenia por incapaz de estorbarlo y ocupando la parte mas codiciable del continente.

Ella (la intervencion) entró á la coalicion de Londres con miras ocultas, de lo cual es una prueba que se quejó de la Inglaterra y de la España, cuando dice que la dejaron sola. Es claro que la Francia no habia de creer tener necesidad de aliados para una campaña contra Méjico; se entiende que su despecho provino de que la dejaran sola al descorrerse el velo de sus designios, y cuando la retirada del apoyo de las otras importaba una protesta por la violacion de lo convenido, y una desaprobacion de los reprobados medios de que se habia valido para internarse en el país y tomar en la cuestion mas parte de la que le correspondia.

Con igual mira invitó á los Estados-Unidos á entrar en la coalicion, para que la dejaran libre la accion y no fuesen por un resentimiento, á poner trabas, y saliendo en tercería, como se dice en el foro, la escluyesen de toda contienda, en el continente y la impidiesen quedarse con la presa que ella ambicionaba; y, porque allá en un porvenir podria suceder



que, separándose definitivamente el Sur del Norte, apoderada de Méjico, le convendría aliarse con el uno (¡el poseedor de esclavos!) contra el otro y tentar sus fuerzas contra esta potencia. Una vez atacado el coloso, debilitado en sus medios militares, agotados sus recursos, perdido su prestigio, ya sería fácil el golpe á todas las demas Repúblicas, de pernicioso ejemplo para los pueblos de Europa. Escoger la intervencion para acometer su empresa la circunstancia de la guerra civil de los Estados-Unidos, cuando ni el Norte ni el Sur pueden distraer un buque ni una parte de las fuerzas que han menester para vencerse el uno al otro, y cuando el Sur anda mendigando en Europa su reconocimiento como nacion, será de alta política y de diplomacia muy sagaz; pero no honra mucho la caballerosa valentía de la Francia, ni las miras de su gobierno.

Mucho menos la honra aprovecharse de la misma circunstancia de la República mejicana. Si cuando se estaba en lo mas récio de la pelea, cuando el absolutismo clérico-militar estaba en posesion de las principales ciudades, si bien nunca estuvo de ningun puerto, ni de ningun Estado entero, pero en que parecia que ninguno de los dos partidos tenia de su parte á la nacion, ni podria jamas el uno llegar á someter al otro, hubiera venido la intervencion obligando á ambos á deponer las armas, llamando á todo hombre nacido mejicano y todo ciudadano capaz de votar, á que, por sufragio universal, sin coaccion de las armas y sin influencia de ninguno de los tres, eligiera el personal de su gobierno y la regla á que este se habia de atener para asegurar una ley comun y las libertades de todos, que era lo que queria la junta de Navidad, compuesta de todos los partidos y en una gran parte de liberales; y se hubiera limitado la intervencion á rsostener la voluntad de la nacion legítimamente es-



presada, ella habria sido colmada de bendiciones por todos los que sufrían por la guerra civil, y habria sido aplaudida en el exterior por todos los amantes de la humanidad, que no quieren la esclavitud de Méjico, so pretesto de que su tranquilidad interesa á los demas. Pero venir cuando la guerra habia terminado, por el triunfo de la ley sobre la arbitrariedad, del comun sobre las clases usurpadoras; cuando ya se iba á establecer para de una vez, la paz con la economía y la regularidad en la administracion de la riqueza pública, y con la supresion de instituciones dispendiosas y perjudiciales, y cuando precisamente se habia acabado con las distinciones y los fueros, y con los gérmenes de las continuas revoluciones anteriores, yendo á aliarse con los vencidos, á encender de nuevo la guerra en todo el país, á crear un partido mas, el de los afrancesados, que será siempre la escepcion, pero que hará la deshonra y la desgracia de muchas familias inocentes, porque sus deudos miren, engañados, que no de otro modo se puede salvar una religion que creen amenazada; y en una palabra, yendo á Méjico á hacer lo contrario de lo que se hace en Francia, esto no tiene nombre, ni seré yo el que se lo encuentre; pero esto se tiene de pagar, si para ante Dios las acciones no varian de naturaleza por lo que se llame política, y quién sabe si el castigo comenzará desde esta vida. Ya comenzó por la humillacion de esas soberbias é invictas legiones, huyendo despechadas de un número tres veces menor de los hijos de ese pueblo despreciado, y con la mayor humillacion aun, de dar un ejemplo nunca visto en los fastos militares, precisamente por la nacion mas militar, á saber: el de una guerra de invasion en que el invasor va á ponerse á la defensiva y á parapetarse en el país invadido.

Todavía menos honor hace á la Francia la inter-



venen en su llegada y para su internacion en el país. Con la capa de amiga y alegando humanidad y civilizacion, pide el permiso de salir de la zona mal sana de la costa y que le den alojamiento en mejor clima. Yo se lo habria acordado hasta Méjico, con tal que fueran desarmados, que los fusiles y cañones no habian de ser atacados por el vómito en Veracruz; pero ahora los hábiles diplomáticos europeos rien á sus anchas del cañdor de los salvajes mejicanos. Al efecto, ofrecieron reconcer de nuevo al gobierno, que ya tenian reconocido; ofrecieron tratar con él y empeñaron su palabra y su firma en que si no se convenian y habia que recurrir á las armas, volverian á sus puestos. Los cándidos, los mentirosos mejicanos, no creyeron que una tan gran nacion mintiera, se olvidó de las bolas de nieve de Pamplona, y haciendo honor á su palabra, los dejó pasar á dentro de sus puntos fortificados. Una vez hechos de estos puntos, y cuando los mejicanos confiados retiraron de ellos las fuerzas que los guarnecian, los invasores, ni aun abren las negociaciones, ni aun por honestidad y por interes de la dignidad militar y nacional, tienen, para cubrir el espediente, el disimulo de pasar un ultimatum inadmisibile, de declarar entonces la guerra y de volver por forma á su punto de partida, aunque no fuese mas que para hacer en el acto un cambio de frente. Temieron que se guarnecieran las fortificaciones y tener que batirse para volver á hacerse de ellas. Comienzan por violar la convencion con sus aliados. Allí se habia acordado que unos comisarios, nombrados por cada una de las potencias, hacian los intereses comunes y obrarian en todo de acuerdo y á nombre de las tres. El Sr. Saligny, á la interpelacion de sus colegas, responde que no tiene que darles cuentas á ellos, sino solo á su gobierno; y cuando ellos, no un mejicano, le exigen el cumplimiento de los



pactos de la Soledad, en virtud de los cuales se hallaba allí donde se hablaba, él ¡un ministro plenipotenciario de Francia, no tiene inconveniente en declarar á la faz del mundo, que la firma de un representante de S. M. I. Napoleon III, no tiene mas valor que el papel en que está escrita! No hago ninguna calificacion; copio testualmente sus palabras y los signos ortográficos de que van acompañadas, no son mas que el anuncio del sentimiento con que lo hago. Porque, no mas pregunto á M. Billault, si en su discurso hizo mencion de esta circunstancia, y si la habria omitido, y de qué manera habria hablado de ella, si hubiesen sido los mejicanos los del hecho y los del dicho?

Poco antes la intervencion se habia negado á reembarcar á D. Juan Almonte, como lo habia pedido el gobierno de la República, que fué lo único que pidió, y no que se le entregara, como falsamente se habia dicho, y se negó contra el voto de la mayoría de sus aliados, y contra el ejemplo de uno de ellos, que habia reembarcado á D. Miguel Miramon. Dijo la intervencion que jamas un proscrito habia implorado en vano el asilo del pabellon francés: bellas palabras, no mas que pervierte la significacion de todas. Llama asilo, no el del suelo francés, sino el apoyo armado en tierra agena, y llama proscrito al que ella misma, en la misma nota, dice que lleva la confianza, la voluntad y las instrucciones del emperador, y al que entra amenazando, mandando por todas partes cartas de seduccion y circulares para un pronunciamiento por él y contra lo existente. Es un nuevo modo de prestar asilo, haciéndole proclamar, en los lugares que ella ocupa con sus cañones, gefe supremo de la nacion; y para que esta espresese su libérrimo voto se va á metrallar á la isla del Cármen y á bombardear á Campeche. La nacion mejicana está acostumbrada á que sea la Francia siem-



pre la que le haga justicia en lo que la Francia le imputa. Hoy deshace lo que hizo ayer: la intervencion, por un decreto, ha desbaratado la farsa de su gefe supremo, el cual perdió la gracia de su poderoso protector *por no haber guardado la circunspeccion debida*, esto es, porque anduvo revelando á los comisarios de las otras potencias los planes, que no estaban aun maduros, de su verdadera mision.

Nada han valido para rehabilitar la memoria de Moreau, de los de Conbletz y del conde de Artois, sus protestas de que ellos no querian mas que liberar á su patria de un usurpador y de un tirano. La historia ha fallado que hicieron armas contra su patria. El último historiador, que ha sido honrado con una cita de sus obras por Napoleon III en un discurso inaugural, les consagra un capítulo entero.

En seguida, la intervencion, viéndose aislada en medio del país, desamparada, entregada á sí sola, sin ver venir á ella un solo individuo de esos nueve décimos que se decia estaban oprimidos y se le habian ofrecido; que si no venian á ella, que tampoco era recibida en todas partes con los brazos abiertos, y no era sino á cañonazos como la habian recibido en las costas de ambos mares, llama en su auxilio á los que ella condena en sus principios. Ayer la Francia liberal, la Francia honrada y justa, levantó unánime el grito hasta el cielo contra los que sacrificaron á jóvenes poetas, á médicos y á estrangeros en Tacubaya; y para mayor horror se difundieron estampas de esa matanza, que la llamaban el *abat-toir*. Pues bien, esos son con quienes se ha ido á aliar la intervencion. La Francia de 89, ha ido al Nuevo-Mundo á asociarse con Jorge Cadoudal!

Le aseguro á vd., señor ministro, que estamos los mejicanos de hoy como los que encontró Hernan Cortés, sin poder comprender la conducta de los invasores, comparándola con sus palabras. No hay



una sola de sus acciones que no esté hoy como entonces, explícita y severamente reprobada por su doctrina. Allá no sabían á qué atenerse los asombrados indios: por un lado oían la predicacion de un culto incruento, todo de amor y de paz: en sus catequismos se inculcaba á los gentiles y á los neófitos, el amor al prójimo, la inviolabilidad de la vida humana, el respeto á la muger ajena y á la virginidad, el desprecio de las riquezas, el horror al engaño y á la ingratitud, la guarda sagrada de la hospitalidad y todo lo que constituye el carácter sublime de nuestra religion cristiana, y al mismo tiempo veían que se ponía grillos á un monarca confiado que va á hacer la visita que se le habia pedido, y veían matanzas á millares y sometimiento en lugar de la alianza que iban á ofrecer y no se les habia pedido, y sometimiento igualmente de los que les habian ayudado á someter á los otros, y refinamiento de tormentos, todo por el oro y abuso de las damas principales, y actos de inmoralidad pública, desde el primero de los caudillos hasta las últimas clases, &c., &c. Hoy se dice en una ocasion solerme, que “la Francia estaria bien en todas sus relaciones exteriores, sino fuera porque en Méjico hay un gobierno sin escrúpulos, que viola el derecho de gentes,” ¿le parece á vd. que sea derecho de gentes hacer una guerra sin declararla? y esta es la hora que las naciones que la ven, no han visto todavía los documentos formulados que se usan entre ellas, ni el gobierno y el país á quien se hace, tienen otra noticia que las vaguedades y declamaciones de M. Billault. ¿Le parece á vd. derecho de gentes hacer una guerra aun cuando esas generalidades tuvieran por materia hechos positivos? El justificado y valiente Sr. Julio Favre tuvo un triunfo sobre él, refutando su discurso con una sola palabra. “Lo que



veo, dijo, por lo que se nos ha informado es, que lo que nosotros allí tenemos son deudores, pero no enemigos.” ¿Qué habria dicho, si mejor informado, hubiera sabido que ni siquiera hay allí deudores, ni á la Francia, ni á los franceses? ¿Será derecho de gentes violar lo pactado con sus aliados? ¿lo será firmar capitulaciones, á reserva, no de desconocer ó de negar su firma, cuando se ha conseguido el fin que se tuvo, cosa que no se podia hacer, habiendo tenido colegas y testigos, sino de retractarse, aprovechar lo concedido á virtud de ella y desmentirse á sí mismo, y no pararse ante la fé pública? ¿será derecho de gentes echar buques á pique y emplear la violencia y la muerte sobre poblaciones indefensas é inofensivas para forzarlas á reconocer un gobierno que se les trae de fuera?

Los mejicanos de hoy vemos que se nos trae la guerra precedida del tratado de Paris de 1856: que en la proclama del nuevo general en jefe, en la que dice que la Francia no se mezcla en las disensiones de las naciones estrangeras, en ella misma dice que va á hacer la guerra á los que venden el territorio de la República. Nosotros vemos, que á la sazón en que viene esta nueva expedicion á meterse en nuestra casa y en nuestros negocios, una revolucion estalla en Grecia, que hace abdicar á su rey Othon, y que la Francia se conviene con la Inglaterra y con la Rusia en no intervenir. No tendrá allá los intereses, ni contará con las facilidades que ha creido tener acá. Mas, ¿para qué cansarnos candorosamente con alegatos de derecho de gentes, ni aunque estén apoyados en sus propias doctrinas, si se ha promovido entre las mismas potencias la cuestion de “*utrum Méjico está comprendido en la regla general de no-intervencion?*” Pero no hay entonces que



decir que en Méjico, su gobierno no observa el derecho de gentes.

¿Y le parece á vd., por otra parte, muy escrupuloso irse de buenas á primeras, apoderando de las rentas de una nacion, percibir sus rendimientos y no dar cuentas ni á su dueño, ni á nadie? ¿Y todavía será mas escrupuloso que el Sr. Billault diga, que por ahora, es decir, que ni aun con lo que se exige quedarán las cuentas saldadas, sino que se dejará algo pendiente para emprender otra guerra, por motivos tan ajustados al derecho de gente como contratos de agio con particulares, por ahora se cobrarán de Méjico 13 millones de pesos, 65 millones de francos, y se verá despues lo que le sobra? ¿No es esto inaudito en el derecho público, como en el privado? porque, á mi entender, los principios del uno están tomados de los del otro, así como el de los individuos entre sí tienen por fuente el derecho natural, y nosotros sabemos que en la legislacion francesa, como en la de todo el mundo, pierde su accion, y algo mas, el que reclama lo que no se le debe, ó mas de lo que se le debe, y mas aun, el que se cobra por su propia mano. Pero se dice que en la reclamacion entran los costos de la guerra, y ¿será muy conforme al derecho de gentes reclamar los gastos de una guerra que ni se ha provocado por la una parte, ni se ha declarado por la otra, fundando la necesidad de ella en la resistencia á hacer justicia, del gobierno que no ha dejado otro arbitrio de obtenerla?

Señor: si en la imposibilidad de hallar enemigos, basta que haya deudores, no es muy moral crear deudas, para tener por qué y á quién hacer la guerra.

Pues ¿qué recurso queda para motivarla? Los mejicanos de hoy vemos asombrados que de la Europa se nos traiga una guerra, dizque por nuestros

continuos cambios y pronunciamientos; y crece de punto el asombro al ver que sea la Francia la que nos la trae por un celo tan farisaico como oficioso.

¡La Europa, que no vive mas que en la guerra y por la guerra, y tiene que vivir así por mientras estén en pugna los intereses de sus pueblos con los de sus gobiernos! ¡La Europa, que está hirviendo como un volcan, en continuas desconfianzas y alarma y consiguiente malestar! ¡en dónde no hay un gobierno, uno solo, que no esté alerta ó con sus propios súbditos, ó atisbando la ocasion de caer sobre los otros gobiernos! En este caso está doblemente la Austria, heterogénea, con Víctor Manuel: en este caso está la Prusia, neo-representativa, con sus cámaras y con el Austria, por la supremacía alemana: en este caso está la Alemania, por su unidad y autonomía: en este caso está la Polonia con la Rusia: en este caso está la Rusia, con sus siervos y con la Turquía: en este caso está la Grecia con su rey y con el hermano de su rey y con la Junta Provisional de Atenas: hasta la Dinamarca por su Hoslthen, y por último, la Francia con la Italia y con la Inglaterra.

La guerra de los Estados-Unidos merece una mencion especial por dos consideraciones. Los monarcas y los oligarcas europeos, han palmoteado de gusto con esta guerra del Norte con el Sur, creyendo haber encontrado en esta guerra un argumento de triunfo, un Aquiles, como dicen en las escuelas, contra las Repúblicas, como si las cosas variaran de naturaleza por las instituciones politicas; como si en este país, estando bajo de un rey, los esclavos dejarían de ser esclavos; como si no fuesen una condicion de la riqueza para una mitad de él y un embarazo y casi una vergüenza para la otra mitad; como si en la Rusia monárquica, y de monarquía absoluta, la misma cuestion con sus siervos, no estuviera ame-



nazando su tranquilidad; como si á esos diversos intereses, en los distintos Estados, no se agregaran, si fueran monarquía, los de las dinastías y los de los príncipes de la sangre de una misma dinastía, que han ensangrentado siempre las naciones monárquicas de Europa.

Dicen los norte-americanos que su guerra les ha venido de una institucion que no es de su propia creacion, sino que les dejaron los ingleses. Vd., que sabe tantos proverbios españoles, se acordará de uno que dice, que á cada santo se le llega su día de fiesta. No es que nos alegremos del mal ageno; pero no podemos dejar de recordar que estos norte-americanos, que hoy se ven en el caso de disculpar su guerra, en la cual han hecho en diez y ocho meses, lo que los mejicanos no han visto en cuarenta años, no nos admitian por excusa las instituciones que á nosotros nos legaron los españoles, y orgullosos con su paz y su necesaria prosperidad, nos echaban en cara nuestras revueltas.

Vd. me dispense que cite tantas veces al Sr. Billault; pero á falta de un ultimatum que refutar, es necesario venir á cada rato á este insólito y apasionado suplemento. La Francia generosa y justa, manifestó unánime sus simpatías por Méjico, en la pérfida historia de Texas y en la guerra que le hicieron los Estados-Unidos, por tener una costa en el mar Pacífico: el mismo Sr. Billault, buen francés entonces, es probable que haya participado de esas simpatías por Méjico, en una guerra cuya injusticia está demostrada con los tratados de Guadalupe, y con los millones de California. La Francia no vino en auxilio de Méjico en esta guerra de filibusterismo y de usurpacion. Los mismos Estados-Unidos nos hacen justicia ahora, si no por completo, restituyéndonos lo usurpado, porque tambien cuando les convie-



ne, profesan la doctrina de los hechos consumados, á lo menos en parte, con la oficial y reiterada reprobacion de la política de entonces, y con el lugar que tiene en la escena actual el ministro de la administracion de entonces. Pero el Sr. Billault, buscando y rebuscando apoyo para sus cargos sobre Méjico, no se ha parado por ninguna consideracion para citar esa guerra, como prueba de que los mejicanos hemos ofendido á todo el mundo. ¡Y semejantes palabras no se han ahogado en la garganta de un caballero, antes de proferirlas! y va adelante! y apadrina la causa de la esclavitud! y llama en su auxilio un mensage calumnioso y deshonoroso del hombre de Ostende, del presidente que hoy está justificando su administracion por los periódicos, porque á él se le atribuye la guerra que está desolando este país! Si esto nos ha dolido en el corazon, es mas de sentirse por el mismo Sr. Billault.

En cuanto al reproche de nuestros cambios hecho por la Francia ¡como hiciera yo, mi amigo y señor, para que no se interpretara por recriminaciones la simple enunciacion de lo que han visto mis ojos y ha visto todo el mundo, aunque me abstenga de toda calificacion y de todo comentario? Los mejicanos vemos que la Francia imperial no hace muchos dias era republicana; y un poco antes, real, de justo medio; y un poco mas antes, real, de derecho divino, saliendo de otro imperio, y este de otra república, y esta de otra monarquía absoluta. Estos cambios no son de la historia antigua, porque unos mismos ojos han visto en las aguas de Veracruz la nacionalidad francesa simbolizada unas veces con un trapo blanco, y otras con una bandera tricolor, encabezadas las astas de sus batallones, ya con un gallo, ya con unas águilas; y el campo del trono sembrado, no ha mucho, de flores de lis, tiene en su lugar borda-



das unas abejas. Nosotros vemos en su moneda una respetable efigie sustituida á un exergo de libertad y fraternidad, simbolizadas por un gorro, el cual sustituyó á su vez á otra efigie, la cual habia reemplazado á otra, que sustituyó á otra y á otro gorro. Si esto tiene aire de invectiva, hay que tener en consideracion que nosotros nos tenemos que defender de la nota de versatilidad; y que lejos de volver al rostro de la Francia la suya, reconocemos que ella es la prueba de los esfuerzos constantes que hace por constituirse de una manera estable y definitiva. El caso es que su historia contemporánea se compone: de la Constitucion monárquica de 91; de la republicana, que estableció una era; de la de la Convencion; de la del Directorio; de la del Consulado, en triunvirato, por diez años, y de por vida; de la del primer imperio; de la de la Carta *octroyée* por la Restauracion; de la de la *branche cadette* de 1830; de la de la República de 1848; de la del segundo imperio del 10 de Diciembre. Dos repúblicas, tres dinastías y una docena de constituciones en 61 años, ¿y ya acabamos? El voto que hagamos porque así sea, ¿será reconocido como profecía por los hombres de Estado, franceses, los mas, partidarios de la dinastía reinante? Ella se dice representante de los principios de 89, y esto mismo, ¿no la comprometerá con otros gobiernos que luchan contra esos principios, y en la misma Francia, con los que le exijan mas y mas, en conformidad ó en desarrollo de esos principios? Pero esto no me importa, sino en cuanto que á la Francia no le importa tampoco si Méjico cambia ó no cambia, y por cuanto no estando muy segura de que ella está ya bien sentada, se mete á querer establecer en casa del vecino un gobierno estable, á su sospechosa calificación.

Con una argucia, que seria castigada en una es-



cuela de lógica, se dice que en Méjico ha habido cuarenta gobiernos; y ni los presidentes son formas de gobierno, ni aun contando los que han entrado en la serie de un rol bajo una misma forma, y los sustitutos de los titulares, que existian y los provisionales en momentos de transicion, llegan á ese número, ni á la mitad. Despues que Fernando VII y las Cortes de España desairaron la generosa oferta del imperio mejicano, y despues que la envidia y una horrible venganza sacrificaron al único que lo podia tener por el voto cordial de un pueblo agradecido, nosotros no hemos tenido mas que una forma de gobierno, la republicana, la única posible. Dos solas maneras ha tenido de variacion: la central y la federal. La constitucion de 57 no ha sido mas que el restablecimiento de la primitiva de 1824, con algunos adelantos en los derechos de los ciudadanos, y con mas ó menos distribucion del poder público en las atribuciones de los cuerpos legislativo y judicial y funcionario del ejecutivo. Nuestra moneda es la misma de hace cuarenta años. Nuestra gloriosa bandera es la que nos legó Iturbide, que immortalizará su memoria. Ese pabellon, que el Sr. Billault llamó el pabellon de Juárez, es el mismo de Comonfort, de Santa-Anna, de la República central como de la federal, del gobierno llamado del plan de Tacubaya, y el de todos los mejicanos. Ese pabellon, que el Sr. Billault no cree digno de ondear al lado del pabellon francés, ya ha vuelto á flotar en Veracruz por la mano del general Forey; y espero en Dios que ondeará todavia en muchos siglos, por manos de muchos Juárez, mal que le pese al Sr. Billault, al lado, ó sin el lado del pabellon francés, pues no tuvo necesidad de su sombra para aparecer al lado del de todas las naciones soberanas.

Nosotros vemos que el digno emperador de hoy



era el presidente de ayer, el mismo que antes de ayer estaba proscrito, y por quien la Francia amenazaba con la guerra á la Suiza, sino le retiraba el asilo, y un dia mas antes era el prisionero de Ham.

Jamas habriamos creido, por otra parte, los mejicanos, que nos alcanzaran las escepciones del programa de Burdeos. Seria una petulancia de mi parte, pretender escudriñar la política que se ha tenido para las guerras que se han hecho en solo la mitad de la duracion del segundo imperio; por la que se ha hecho á mi país, digo, y sostengo, que se ha hecho sin ninguna razon y con varia política, que no ha de producir mas que desastres. Pero si no soy competente para penetrar misterios, no se me negará á lo menos que sepa contar. Cuando la Francia era República, se dijo que el imperio seria la paz; y van cinco. Y lo que yo veo es, que esas guerras se han hecho unas en pro y otras en contra, es decir, que se viene á hacer por sí mismo, ó se ha intentado que se haga en Méjico lo que no se queria que se siguiera haciendo en Lombardía; y tan idénticamente, que no queriendo allá que dominara el austriaco, se le da Méjico á ese mismo austriaco para que lo domine, y cuando este no lo quiere venido de tales manos, estas lo substituyen.

El archiduque Maximiliano nunca ha manifestado tanto ser un príncipe de alta capacidad, ni merecido tanto de los mejicanos, como cuando ha renunciado la gratuita y oficiosa oferta de un extranjero de ir á oprimirlos, y con no apreciar una corona que ellos no le habian dado.

Ha sido tambien una desgracia para Méjico, que nunca, ni hasta hoy, haya sido bastante conocido en Europa; pero esto mismo funda la responsabilidad de los que le han llevado la guerra y de los que se encarnizan contra él sin conocerlo. Es cierto que



á esos juicios errados han contribuido los informes de mejicanos, algunos de los cuales, son gente bien intencionada; mas la responsabilidad consiste en que hombres de estado en Francia, se hayan dejado llevar de lo que les dicen en un sentido, sin oír, y sin querer oír, á los del sentido contrario, igualmente ilustrados é irreprochables en su conducta y en sus intenciones, pero cuyos informes estarian apoyados en hechos públicos, en documentos oficiales y en racionios ad hominem. Si aquellos á quienes han oído solamente les merecen fé y buen concepto, y algunos de ellos bien merecido, debieran ver en ello que la lucha entre la vieja y la nueva ley, entre lo pasado y lo presente, entre lo que se vió al nacer y lo que no se quiere aprender, se representa en los mejicanos que están en Europa, lo mismo que en los que están en Méjico, así como y de la misma manera, que diversos sentidos dividen á franceses igualmente honorables é igualmente ilustrados. Así vemos de un lado al Sr. Billault, y de otro al Sr. Favre: de un lado nombres que han ilustrado la Francia, y de otro los tantos que ilustran al imperio. He dicho de algunos de los mejicanos que se hallan en Europa, porque no todos tienen igual desinterés en lo que informan, ó son parciales simplemente por llegar al logro de sus ensueños ó de sus ideas: y los hombres de estado franceses y sagaces, parece que debieran distinguir entre las opiniones y los intereses, aun de aquellos á quienes solo han escuchado. Creer que los que en Europa y en Méjico están en sentido contrario son gente de poca valía ó sórdidos en sus miras, es quererse engañar voluntariamente, á mas de caer en una injusticia. Yo no voy á hacer á vd. la estadística ni la historia de Méjico; me basta y me sobra con citar algunos de los funcionarios con quienes ha trata-



do la intervencion en Méjico, y los que el Norte-América y la Europa conocen personalmente porque han tratado con ellos ayer. Vd. mismo ha observado y dicho, con la imparcial y buena razon propia suya, que los hombres que habia conocido de Méjico eran tan ilustrados como los que lo son en Europa; y la observacion seria de una esactitud absoluta, si no tuviera la única escepcion que debia vd. haber hecho. Mas efectivamente, de aquellos que vd. no conoce, puede preguntar á los hombres mismos de la intervencion, y ver por las convenciones y tratados que han hecho y por los partes con que los acompañan los otros ministros español é inglés á sus gobiernos, si estarian fuera de su lugar en cualquier gabinete de Europa ó de América, un D. Manuel Doblado, un D. Jesus Terán. D. José Gonzalez Echeverría, D. Ezequiel Montes, D. Sebastian Lerdo, D. Manuel Zamacona, D. Francisco Zarco, D. Ignacio Comonfort, D. J. M. Lacunza, D. Fernando Ramirez, que han estado en conferencias diplomáticas con los comisarios europeos, y los que estuvieron ayer con los comisarios norte-americanos: un D. Bernardo Couto, D. Miguel Atristain, D. Crispiniano del Castillo, D. Luis Cuevas, D. Hilario Elguero y tantos otros. Que digan los generales que han estado allí en relacion diaria, epistolar y personal, con los gefes mejicanos que tenian al frente, si al mismo tiempo que les impedian el paso, han encontrado mas civilizacion y mas cortesanía en Crimea ó en Italia, que en el bravo y galante Uraga, en el leal y valiente á toda prueba, Negrete, en el modesto y bizarro Zaragoza, en el vencedor de los principales capitanes de la reaccion, el popular Gonzalez Ortega, y tantos nombres, dignos de los tiempos caballerescos. ¿Cuál de estos nombres está manchado con una accion vergonzosa, que empañe el brillo de su gloria?



Escribiendo esta carta llega la correspondencia de Europa y veo en los periódicos, siempre animosos, siempre arrojando teas incendiarias y odios y calumnias, que en el *Constitutionnel* de Paris se habla de la acumulacion de crímenes del gobierno de Méjico. Si ese gobierno tuviera crímenes ¿estarian en él, ó le habria servido uno solo de dos que la han servido? ¿Terrorista, sanguinario, ladron un D. Jesus Terán? un D. Joaquin Ruiz? un D. Manuel Ruiz? un D. Higinio Núñez (el incorruptible glosador de los créditos españoles)? un D. Miguel Blanco? y tantos otros tipos de honradez y de caballerosidad, recibidos, por lo mismo, con respeto y á mucho honor en la sociedad de los conservadores? un D. José Gonzalez Echeverría, el gobernador liberal de Zacatecas, que cedió su sueldo á la beneficencia, tio de la mejicana, tan querida en Méjico, la marquesa de los Castillejos, hermano de la respetable y cumplida señora Agüero, que se sienta en la mesa del emperador! ¿Estos son los cómplices de esos crímenes? ¿y esto se dice en los papeles del gobierno imperial? Debe vd. notar, mi amigo y señor, para honra de Méjico, que ninguno de los principales autores de la reforma, D. Miguel Lerdo, D. Melchor Ocampo, sin mentar á los que viven, se adjudicó una sola casa ni una hacienda de los bienes nacionalizados, y que sus opiniones tuvieron toda la abnegacion del fanatismo.

En cuanto al Sr. Juárez, al verlo atacado así ante la Europa, seria una bajeza de mi parte no hacer notar tambien que en ninguna parte sienta mas mal el calumniarlo como en un papel del gobierno francés. Si este no hubiera apoyado á su apasionado ministro en su proyecto de una guerra á Méjico, con razon ó sin ella: si no hubiera él, el primero, roto los tratados y las buenas relaciones que exis-



tian entre ambos países y entre ambos gobiernos, habria yo tenido el gusto de enseñar á vd., aunque no fuera vd. ministro, la disposicion del Sr. Juárez hácia el emperador, las razones de por qué se me escojió á mí para mandar un nuevo ministro cerca de S. M., los términos de mis credenciales y demas despachos, que no estaban en el estilo del formulario diplomático, sino especiales, conforme á los puntos acordados entre el presidente Juárez y su ministro de relaciones el Sr. Doblado.

En cuanto á su ilustracion y capacidad, no mas le contaré á vd. que, deseando yo que se proveyera á cuantos casos podian presentarse para no encontrarme sin instrucciones en cualquiera evento á tan enorme distancia, presenté al gobierno una lista de preguntas y de hipótesis, para que se me dijera, antes de partir, lo que deberia hacer: que este papel, que se componia de muchos pliegos, lo tomó el Sr. Juárez y estendió por sí solo y de su propia mano las instrucciones, con tanta prevision y tan detalladamente, como imparcialidad, para juzgar las cosas interiores: que ademas tuvo varias sesiones secretas conmigo de muchas horas, para decirme de palabra, lo que no habia querido poner por escrito, y todo con la dignidad que correspondia al que está encargado de guardar la de una nacion, á mas de la propia suya.

Como causa rubor pagar mal al que se conduce bien, tendrá el *Constitutionnel* que añadir ahora la noble salida de que eso lo hacia D. Benito Juárez por miedo; la revocacion de mi nombramiento para Paris, las victorias de Acultzingo y de Puebla, y la noble resolucion que guarda ahora, ducidido á pelear mientras respire, están ahí para dar la respuesta. Las tropas que están en marcha de los puntos mas distantes de la República, llegan á la capital y la



atraviesan, yendo al encuentro de los invasores para sostener esa respuesta.

¿Sabe vd. otra de las acciones de ese Sr. Juárez, que se quiere pintar como perverso y que está acumulando crímenes, ó mas bien, sobre quien, sin precisar uno, se están acumulando calumnias? Mandó devolver á los prisioneros franceses las decoraciones que nuestros soldados les habian arrancado del pecho en la pelea de Puebla, y solo se conservan para prueba de la verdad y monumento de la historia, las de los muertos en la accion ó en los hospitales.

Todo esto le parecerá á vd. inconcebible. Ya me parece oírle decirse á sí mismo: “¿cómo este hombre se atreve á escribirme en público proposiciones tan absolutas? Este hombre que yo he tenido por veraz y decente en sus acciones, á quien yo he manifestado aprecio, á quien se le ha hecho honor y manifestado tambien benevolencia en la corte, cuando juntos, en nuestras conversaciones privadas, hemos admirado y hemos tenido tantas veces ocasion de admirar las altas miras, la superioridad de inteligencia y la sanidad de intenciones del emperador? No me cabe en el juicio: me parece imposible que tenga una intencion deliberadamente hostil á Méjico, que quiera hacer el mal en razon de mal.” A mí tambien, señor ministro, que he tenido el honor de que S. M. me haya hablado mas de una vez, comprobando, con aplicacion á Méjico, la esactitud de las observaciones que haciamos de esas cualidades, y vd. sabe que ofreció su mediacion, en consonancia con la Inglaterra, en las diferencias de España con Méjico, y sabe vd. con qué ocasion.

Le diré á vd. lo que entiendo. Coincidieron esas quejas de la España con el triunfo en Méjico del gobierno constitucional; con la reprobacion del trata-



do Mon-Almonte y la separacion de este de la legacion; con las cuestiones de Italia; con la parada ante el cuadrilátero y la revolucion, de la política que habia ayudado á la libertad de la Lombardía, y le habia quedado la Venecia; la ahogada en la cuna del proyecto de la pluralidad federativa de diversas nacionalidades italianas, con el Santo Padre á la cabeza, que no tuvo aceptacion, comenzando por Su Santidad mismo; el ningun efecto de la paz de Villafranca: el resentimiento en que quedaron el Austria y el Piamonte con la Francia, el uno por lo que le quitaron, el otro por lo que no le acabaron de dar. Estas y otras coincidencias las supieron aprovechar la ilusion y la ambicion y la sed de venganza de algunos mejicanos. Fueron á Madrid y fueron á Viena: presentaron á Méjico en el estado mas deplorable, con una guerra civil sin término posible, y que estaba devorando sus entrañas: dijeron que los dos partidos que la sostenian no eran, ni serian en mucho tiempo, bastante poderosos para someter el uno al otro; pero que el uno era el de la parte sensata, el del órden, el de la religion, el de las tradiciones del régimen estable, y de la moralidad de nuestros padres; que el otro era el de los impíos, de los ladrones de la iglesia, de la desorganizacion y de la canalla; que por consiguiente, era necesario dar la mano al primero y destruir al último; que estaba probada la insuficiencia de las instituciones republicanas y la incapacidad del personal de todas las administraciones; en una palabra, la de todos los mejicanos (escepto los informantes), para gobernarse por sí mismos; que era necesario que aquel país tuviera un gobierno fuerte y estable, y no habia otro mas que la monarquía; que ellos [los informantes], eran de gran prestigio en el país; que de todas partes y de todas las clases recibian escitaciones para



buscar un salvador en Europa; que ellos [los informantes], apenas se presentarían en las puertas del país, vendrían todos sus estantes y habitantes, con cañas y palmas, á saludarles y bendecirles como sus libertadores, y ellos prestarían su prestigio para ayudar á la preparacion y á la realizacion de la empresa, y al sosten y mantenimiento del trono, encargándose provisionalmente del mando, bajo el título de gefe supremo de la nacion, y no de presidente, porque esto es cosa de república, que esto es lo que puntualmente se va á destruir, para luego ser el condestable, ó el grande elector; y, segun los antecedentes y la capacidad ó vocacion, formarían los demas, con títulos nuevos de nobleza, y restablecimiento de los antiguos, el brillo de la corte y la magestad del trono &c., &c.; todo esto desarrollado, amplificado, presentado como muy fácilmente hacedero, ó mas bien, como deseado, encontró una buena disposicion, porque realmente, el emperador la tenia, de proteger á Méjico contra nuevas usurpaciones de nuestra ambiciosa vecina, sin ningun interes por su parte; pero los oligarcas veian en ello, ademias, el corte de un mal ejemplo que va cundiendo, y una ocasion que se venia á las manos para la solucion de otras cuestiones. Como la enunciacion de la idea habia de abrir el concurso á las candidaturas, seria necesario ocurrir á este embarazo; mas poniendo en un tratado de coalicion, la cláusula de que ninguno de los aliados habia de optar para sus familias reinantes, se le cortan los vuelos á la España, que querria decir de mejor derecho, y queda la ocasion, que ni mandada hacer, para remover otros embarazos que mas apremian por el lado de la casa de Austria. El mayor de los embarazos para la ejecucion, era necesariamente el gobierno que hubiera en Méjico, que era preciso comenzar



por echarlo abajo. Le tocó al Sr. Juárez. Todo lo que se ha dicho de él, es porque él era el que ocupaba ese gobierno; lo mismo se habría dicho de cualquiera otro, por mas santo que fuera; no sería sino un monstruo, que acumulaba crímenes á quien era preciso quitar de en medio. Así fué, que aunqae se le habia reconocido oficial y solemnemente, aunque se le habia incitado á acabar con sus enemigos, ofreciéndole para ello el apoyo de la Francia; aunque se le volvió á reconocer en un convenio diplomático-militar, todo se desconoció, ni aun se quiso entrar en conferencias con él y decirle la culpa, por no correr el riesgo de que á todo asintiera y desarmara al que no queria mas que quitarlo. Todo lo que ha sucedido al ponerse la mano á la obra desde la llegada de la coalicion á las costas de la República, y despues de ese hecho, ya lo sabe vd. Disuelta esa coalicion, divorciados los aliados, porque no quisieron ayudar al patrocinio del precursor del monarca, y porque no se les quiso decir el nuevo ó los nuevos agravios que habia hecho el gobierno de Méjico, y el motivo p r qué no se queria cumplir lo pactado, tomó el comisario francés la empresa por su cuenta: no teniendo uno solo en toda la República, que viniera á saludar al gefe supremo, se puso á la disposicion del partido, para cuya destruccion animaba antes al Sr. Juárez: quiso ir adelante, á tentar con las fuerzas combinadas, lo que no le habia salido bien por la aclamacion que esperaba: atacó vigorosa y reiteradamente en Puebla: no pudo con el valor y táctica de sus soldados, tomar un punto que no era Sebastopol: ya puede vd. imaginarse qué parapetos se podrian hacer en el espacio de una noche por unos pobres soldados hechos pedazos de fatiga, llegados en esa noche y teniendo que batirse al dia siguiente; la intervencion armada se vuelve de las



puertas de la primera ciudad que encuentra en su camino, y se retira treinta leguas á fortificarse en la que antes habia ocupado por hospitalidad y por un engaño. Hoy ha cambiado ya toda la política: se ha variado de medio. Ya no se trata de rey Maximiliano, ni de gefe supremo precursor, porque se ha visto que de nada menos que eso se queria en la nacion. Ha sido un desengaño cruel. S. M. el emperador ha visto que ha sido completamente engañado, que se ha jugado con su respetable nombre; que su buena disposicion por Méjico y su deseo de hacerle un bien, se ha ido á esplotar por unos mejicanos, de los cuales hay que hacer tres clases: unos, puros en sus opiniones, pero engañados ellos mismos; otros, vengativos, y otros que soñaban en las dignidades de palacio y á quienes no encomendaria S. M. ninguna funcion séria en su casa, ni en ninguno de las ramos de su administracion; y así como ha retirado justamente su gracia y proteccion á Almonte, debe estar indignado contra todos los demas por el papel que le han hecho hacer. Ahora debe estar convencido de que le apreciabamos mas sinceramente los que le informábamos lo contrario, los que le deciamos la verdad. Pero ya no se trata de agravios, que ha estado sufriendo la Francia durante veinte y cinco años; ya no es la cuestion una inmensa deuda pagada y despues arrebatado lo que se pagó. Hoy la cuestion es reparar el honor militar: nuestro crimen es habernos defendido, y como este crimen lo hemos de seguir cometiendo, las ofensas á la Francia subirán de número y de punto cada dia.

Ahora es la responsabilidad ante la Francia misma por haberla comprometido en una guerra lejana, ds pendiosa, injusta é inútil; y como la política que ien ella se ha guardado ha sido errada, y la diploma-



cia deshonrosa, y los ensayos militares desgraciados, se tiene que pedir al cuerpo legislativo que tenga esta guerra por patriótica, *por amor de Dios*.

Mas como una cosa no puede ser virtud y vicio al mismo tiempo, si nosotros hemos hecho mal en defendernos, entonces la Francia, lejos de ser heroica, ha sido criminal cuando ha repelido tres coaliciones europeas contra ella, que tambien iban por su bien, á salvarla del reinado del terror y de los que vendian su territorio, ó librarla del despotismo militar. ¿Qué diria ella si no nos defendiéramos? ¿Qué diria del Sr. Juárez, si con el sombrero en la mano le fuera á rogar que no nos tirara cañonazos; si al que manda legiones, llevando la muerte y la desolacion, le mandara legaciones y ministros de paz? No: nosotros preferimos su odio á su desprecio.

Ahora, ¿qué se entiende por honor militar? ¿Ir hasta Méjico á probar lo que nadie le ha disputado á la Francia, sus glorias y el valor de sus soldados? Nadie lo sabe con los suyos mejor que Méjico, y esa es su gloria: haber hecho frente y vencido á los vencedores de otros pueblos, que efectivamente cargaron contra ellos tres y cuatro veces: en la primera con el mayor denuedo, y en las otras con mas y mas rabia y desesperacion de haber sido repelidos. ¿Qué se entiende por reparar el honor militar? ¿Pues que ¿la sangre que derramen en cien batallas, el triunfo ó los triunfos que puedan alcanzar en los azares de una guerra prolongada, darán á esa guerra una justicia que nunca ha tenido, ni bastarán á borrar las páginas de la historia? Digo páginas, porque no me refiero solamente á Puebla: los mejicanos están acostumbrados á derrotar franceces. El 5 de Diciembre de 1838 fueron repelidos de Veracruz, á donde desembarcaron, denodadamente co-



mo siempre, pero que no pudieron tomar despues de ocho horas de combate. Allí fué mutilado el general Santa-Anna, por la metralla del cañon que quitaron los mejicanos á los franceses, y á quienes hicieron reembarcar. La toma de la fortaleza de Ulúa fué debida á otra maniobra, parecida á la de los tratados de la Soledad y al candor del gobierno de entonces, que habia dado órden de no impedir que se acoderaran los buques de la escuadra, guardando la necia materialidad de no disparar el primer tiro. Las banderas que se ostentan en el museo de Versalles, no se tomaron en la pelea, como las decoraciones de Magenta y Solferino, que ahora han quitade los mejicanos, sino halladas en los almacenes del castillo. Pero *c'est ainsi que l'on écrit l'histoire*, dice Voltaire. En Julio de 1854, un batallon de franceses, al servicio y á sueldo de la República, se rebeló en Guaymas, (segunda intentona francesa sobre la Sonora) y fué batido y subyugado por menor número de mejicanos, al mando del valiente, entre los valientes, del honradísimo soldado del pueblo, general Yañez. Esto no lo digo yo, lo digieron los franceses prisioneros, en una esposicion á ese general, dándole gracias por su humanidad de no haber fusilado mas que al que los vino á seducir. A todos los demas los mandó al gobierno, y el general Santa-Anna no les impuso castigo ninguno, no los puso á las obras públicas, ni aun los retuvo en prision, sino que los entregó al emperador Napoleon, para que hiciera de ellos lo que quisiese, en testimonio de su deseo de cultivar la buena amistad entre ambos países. Vd. se debe acordar, porque fué asunto que nos dió materia para ocuparnos varias veces; y ademas, vd. en su celo por el buen servicio del emperador, y su adhesion á la persona de S. M., me citó este hecho algun dia despues, con oca-

sion de otro testimonio de alto aprecio del gobierno de Méjico al mismo emperador Luis Napoleon. Estas han sido siempre las acciones de los mejicanos con la Francia. Esto no citó el Sr. Billault en su informe á la cámara, y esto es lo único que podia haber citado con verdad, porque estos son los agravios que la Francia está cansada de sufrir, despues de 25 años, de parte de Méjico.

Pues esta es hoy toda la cuestion, señor ministro, Algo de lo que he spendido en esta carta, lo puede vd. mismo testificar: otra parte la encuentra vd. en informes de los ministros á sus gobiernos, y en la correspondencia de los gobiernos mismos entre sí. Para lo que vd. no halle comprobado, ó en estas fuentes, ó en sus propios actos durante los largos años que en la república y en el imperio estuvo en sus manos la direccion de los negocios exteriores, y cuyo periodo entra en aquellos veinte y cinco años, no quiero que vd. me crea sobre mi palabra; pero sobre el conjunto de la cuestion entera, tomándola desde su principio, y en todas sus emergencias hasta su estado actual, apelo al buen juicio de vd.: de vd., cuyo nombre es europeo, que ha figurado en las grandes cuestiones continentales, y de que es una prueba este mismo nuevo llamado al ministerio, para libertarme de le nota de adulacion, aunque en las circunstancias en que nos hallamos, seria lo que vds. llaman *déplacé*: de vd., que no necesita hacer carrera, porque ha sido cuanto hay que ser en su patria, menos emperador, y todo lo ha renunciado: que no tiene fortuna que hacer, y está tan arriba de pequeñas pasiones y de toda clase de intereses: dígame vd., allá, cuando no se ocupaba vd. mas que de sus flores y de sus razas exóticas, y de aclimatar todos frutos en su país, ¿no ha pensado vd. mas de una vez en esta cuestion, y no le ha dado á vd. pena,



como amigo de los mejicanos? pero sobre todo, como buen francés, ¿no le ha llamado á vd. la atencion la ninguna popularidad de esta guerra de Francia con Méjico? ¿que no hay un pueblo en toda Europa, que haya manifestado sus simpatías por ella, y si hay protestas espresas en Hamburgo, en Bremen y en otras partes de la Alemania? ¿que no hay uno de los que han empujado para ella, que no tenga su interes personal, y que son marcados por un lado los tenedores de los bonos mejicanos en Manchester, porque esperan que los bonos subirán en la bolsa con la monarquía en Méjico, y que á los comerciantes poco les importa que esa paz sea la de Varsovia; y por el otro, los diversos adeptos de los muchos príncipes sin destino, que salieron de todas partes á la candidatura? ¿que no se hacen votos por su buen resultado, y al contrario, la prensa de Europa y América, la condenan de consuno, y describen con prolijidad los festejos y las ovaciones al nombre de los patriotas mejicanos, y los brindis á su gloria y al triunfo de una gran nacion de América, escandalosamente invadida? - ¿No llegó á noticias de vd. la acogida, frenética de admiracion y de entusiasmo, que se hizo al general Prim en estos Estados- Unidos, y que de todas nacionalidades se disputaban el honor de ser la primera en obsequiarlo, y que este honor lo tuvieron la España y todas las Repúblicas españolas, mirándole, como es en realidad, el político mas entendido de la época, el vínculo de la una con las otras, y el presagio de la futura grandeza é infalible poderío de todas? Sí, ese hombre filustre, no es grande de España; es grande en el mundo y en muchos siglos. En el senado, como deliberante independiente, y fiero en su independenciam como vd., defendió, y él solo contra todos, la causa de Méjico; mas como es un conjunto de lealtad y de



justificacion en primer grado, dijo que aquellas eran sus convicciones; pero que él era soldado, y si su reina lo mandaba, cumpliria con sus órdenes. Fué, vió por sus ojos: trató con mejicanos dignos de tratar con él: se confirmó en sus convicciones, se avergonzó de que otro, que no era mas que soldado, le hubiese precedido invocando la memoria de Hernan Cortés; pero no quemando sus naves, como aquel, sino tratando á los mejicanos como los hacendados de Tierra Caliente á sus peones, reconoció la verdad: entró al terreno de los verdaderamente grandes, el de la razon, y en él no podia ser inconsecuente consigo mismo. Y luego el hombre que tiene veinte y seis cicatrices en su cuerpo; el que mas tiene en toda España; el segundo ejemplo de Leon, de entrarse en una fortaleza metiéndose por la tronera misma de un obus; el que acababa de tomar los Castillejos en Marruecos á la cabeza de su columna y decidido una batalla, no tenia necesidad, como soldado, de venir á acreditar su valor en Méjico; y como buen español, ni quiso romper una palabra empeñada, ni prestar las armas de su reina y el pabellon de su patria, en papel secundario, para empresas ulteriores, que violaban la coalicion de Lóndres, y que no estaban en sus instrucciones. ¿Quién habria de imaginarse que despues de la carta que un tal hombre dirigió al emperador de los franceses, no hubiese entrado el desengaño y la renuncia á su empresa en el ánimo de S. M? Si le hubiera hecho el honor de llamarlo, de una conferencia habria dependido, estoy seguro, librar á su alto nombre y su prestigio en el mundo, del mal paso en que lo han comprometido; pero con S. M. hicieron sus consejeros lo que en la cámara, que cerrara sus oídos, no prestándolos mas que á un mal entendido patriotismo.



He invocado el buen juicio de vd. en la totalidad de la cuestion, porque quien dió principio á ella fué la España, con la que ha tenido por lo que llamaba infraccion del tratado de 1853, y ahora renovaba por la espulsion de su embajador, y por la aprobacion del tratado Mon-Almonte. En ambas pretensiones era injusta: en cuanto á la primera, no hay mas que ver que el que ella misma nos ha hecho justicia en sus discusiones del senado, que no intento repetir.

En la segunda, no se podia exigir que un gobierno ratificara lo que hizo uno que no tenia sus poderes, ni que refrendara ó reconociera lo que habia hecho el que en Méjico se llamaba gobierno, del que jamas podrá tenerse por sucesor sin conspirar contra sí mismo, y que aun para las naciones extranjeras no habia tenido mas apariencia de gobierno, que la que le habia querido dar ese mismo embajador él solo. La naturaleza del tratado repugnaba tambien la aprobacion de cualquiera nacion que se respete. ¿Quiére vd. que se lo traduzca á la realidad? En él no se ha pactado otra cosa, sino que Méjico castigue á sus criminales; que pague lo que no debe; que indemnice á un español, porque los ladrones le mataron á un hermano; y que este ejemplar no sea ejemplar; que este precedente no ha de ser precedente. ¿Puede nada de esto ser materia de tratado? Todas las naciones cumplen con sus leyes, no porque tengan tratados con las otras, sino porque son sus leyes. Hacerlo, pues, firmar á una nacion, no puede tener otro carácter que el de querer humillarla, y con respecto á Méjico, tanto mas claramente cuanto que ya no tenia caso. El Sr. Comoufort hizo cuanto estaba en su poder, y mucho mas de lo que habria hecho ningun otro gobierno, y aprehendió los criminales; estos se juzga-



ron y ejecutaron en el tiempo del general Zuloaga. Con que todas las administraciones, de distintos colores políticos, han probado que en Méjico se cumplen las leyes sin necesidad de tratados. Lo demas, ni aun merece comentarse de nuevo; es en una parte absurdo, y en otra una indelicadeza y proteccion al fraude: todo ello fué materia de aquellos folletos que escribí en Paris, y de que vd. se acordará. Ellos merecieron la aprobacion de D. Juan N. Almonte, que de Lóndres me pedia mas ejemplares, y lo notable es, que fuese luego á firmar todo y precisamente lo contrario de lo que se habia defendido, y que hayan tenido mas sentimiento que él de la justicia de la República, todo un gabinete español, un senador español y tres plenipotenciarios españoles en Méjico. Así es que, si por la noble conducta del general Prim todo el ardimiento que habia contra España se convirtió en entusiasmo y amistad por ella, hasta el punto de que todo habria quedado zanjado si el conde de Reus se hubiera detenido un dia mas en el país, lo que es aprobar el tratado, y con ese nombre, jamas lo habria hecho ni lo hará la República, porque de un solo golpe iria á echar por tierra sus esfuerzos de mas de doce años en defensa de su justicia y su dignidad, y á dejar entender que todo no habia sido mas que un capricho por desprecio á la España, lo que nunca fué su ánimo. En tanto que la España no conteste una cierta nota del gobierno del Sr. Santa Anna, de 24 de Marzo de 1854, no puede, sin desdorarse á sí misma, empeñarse en envilecer á su amiga y su hermana la República de Méjico.

Hay en esto que se llama política de los gobiernos, cosas que no se comprenderian, si ellos no tuvieran otras miras ocultas en los pretextos de sus empresas. Si el gobierno español tiene tanto em-

peño en proteger á dos ó tres personas, aunque no todas sean españolas, que emprende una guerra lejana por cobrar dinero para ellas, ¿por qué no les regala ese dinero que quieren, que le saldria mas barato que el envío de una escudra? Y hoy, como no sea para esos individuos que al fin le salieran con la suya, despues de haber encendido la guerra entre tantas naciones y como no sea reconocimiento de sus falsos títulos, lo que es dinero y satisfacion, Méjico le dará á la España cuanto quiera, que en mas aprecia su amistad y la importancia de su union para los futuros destinos de ambas. Para venir al fin á aprobar semejante tratado como el llamado Mon-Almonte, no habia necesidad de la mediacion de la Francia y la Inglaterra. Vd. sabe, aunque ya no estaba vd. en el ministerio, que el emperador no la promovió y la ofreció para echarle el pleito en contra á Méjico en todos los puntos. Vea vd. hasta qué grado consiguió D. Juan Almonte cambiar el ánimo y las disposiciones de S. M., que no habiendo habido mediacion, se pretendió que el trado llevara las firmas de los ministros de las potencias que la habian ofrecido.

¿No le ha llamado á vd la atencion, en su calidad de particular, que en la misma Francia no ha tenido popularidad la espedicion á Méjico; que hasta donde puede atreverse la yerdad á aparecer, se ha hecho una oposicion en el cuerpo legislativo y en la prensa que no está asalariada, y que no hay mas que los periódicos, que son órganos del gobierno, que se empeñan en hacerla popular, desahogando contra aquella República una cólera prestada, y teniendo que referirse á las *claras y francas* esplicaciones de M. Billault, como dice *La Patrie* y el *Constitutionnel*? ¿Y no observa vd. que no se ha emprendido por ninguno de ellos la impugnacion de los manifies-



tos del congreso de Méjico y del presidente Sr. Juárez, porque ni así se ha querido que el público tenga conocimiento de ellos, que son un modelo de moderacion, al mismo tiempo que de argumentacion irresistible? ¿Tiene vd. noticia de alguna de tantas publicaciones que allí se han hecho en opúsculos, por extranjeros, en defensa de la República, y con objeto de hacerla conocer mejor por la Europa? Es regular que no; porque no me ha avisado vd. de haberle llegado las que le he remitido. Apenas fué conocido en la República el discurso de M. Billault, treinta refutaciones exprofeso aparecieron por todas partes, rectificando las especies adulteradas, desmintiendo los hechos falsos, interpelando á todos los extranjeros, especialmente á los franceses, á que dijesen de cuál de ellos tenian conocimiento. ¿Ha visto vd. alguna de esas impugnaciones? Seguramente tampoco. ¿Por qué, si hay hechos y documentos para refutar esas defensas, se abandona un triunfo mas glorioso que la gloria militar, como es el de la razon, se prefiere el medio de que se ignoren? ¿Por qué los ministros plenipotenciarios franceses y los caudillos de la espedicion, que dicen en sus proclamas que por donde quiera que va la bandera francesa no lleva mas que la civilizacion y la libertad, interceptan la correspondencia, y desde que están allí no se ha tenido aquí ni en Europa, un solo periódico de Méjico, y no circulan en Francia mas noticias del estado del interior que las que ellos mandan, llenas de absurdos y de hechos enteramente falsós? Pero aquí estoy yo y estamos otros mejicanos fuera de la zona que ellos ocupan en nuestro país, y si no en Francia, haremos saber la verdad en el resto de Europa.

Pues si este conjunto de circunstancias no ha podido dejar de dar lugar á la duda y á las presuncio-



nes de un particular, sin mas nociones que las de la publicidad, ¿cuál no ha debido ser la estrañeza de vd. con el vacio que habrá encontrado en su calidad de ministro, de piezas que debieran obrar en esta tan grave cuestion? Su pena habrá igualado á su asombro por el modo de manejarla.

De luego á luego se ha encontrado vd. con que el gobierno de los Estados- Unidos no aceptó el convite para entrar en la coalicion. Se negó neta y categóricamente, y dijo á los plenipotenciarios de las tres potencias en Washington, y á los suyos en Lón-dres, Paris y Madrid, para que lo dijeran á aquellos gobiernos, que no solamente no tomaba parte en semejante cruzada, sino que daba á su ministro de Méjico, la órden de ofrecer al gobierno de la República, por un tratado, ó su garantía, ó el préstamo de los millones que fueran necesarios para el pago de los intereses de todas las deudas. Yo me alegro que este tratado no haya sido ratificado, porque aunque es enteramente falso que por parte de Méjico se hipotecaba el territorio de la República, los terrenos valdíos de algunos Estados podrian convertirse en materia de cuestiones, que un dia vinieran á dar el mismo resultado, ó en una definitiva separacion del Sur en esta República de los Estados- Unidos, ó cuando viniese á la Union algun gabinete que no profesara los principios del actual. Si el interes del gobierno de la Francia por Méjico fuera sincero, con su garantía se habria tratado de obviar á este inconveniente, y con su colonizacion en esos terrenos, se habria hecho efectiva esa garantía, y admitido este suplemento de los Estados- Unidos, se habrian acallado los clamores de los tenedores de bonos mejicanos, porque con el pago asegurado del interes, habrian tenido una alza creciente cada año en la bolsa y les proporcionaba muy lucrativas especulaciones; pero no es eso lo que se queria.



Quitado este pretesto, se disminuía también la fuerza facticia del de los horrendos insultos y los agravios sistemados.

Allí ha debido vd. encontrar una lección que en esta parte da el gobierno de Inglaterra á la susceptible Francia. La comunicación de Lord John Russell á M. Stewart, en 28 de Julio de este año. En ella hay un párrafo que dice así: “. . . . Ni la pérdida de la materia primera de las manufacturas, tan necesarias para una gran porción de nuestro pueblo, ni los insultos constantemente amontonados sobre el nombre británico en discursos en público y en producciones de la prensa, ni el rigor excesivo, inusitado entre las naciones, con que han sido tratados los súbditos de la reina que han intentado romper el bloqueo de los puertos del Sur, han inducido al gobierno de S. M. á desviarse una línea de su sistema de la mas imparcial neutralidad.”

Allí ha debido vd. encontrar las instrucciones de los gobiernos de las Repúblicas españolas á sus representantes, protestando contra esta invasión: allí deben estar las constancias de las gestiones que han hecho algunos ministros extranjeros cerca del gobierno imperial, ofreciendo la mediación de los suyos para que se corte esa desavenencia no motivada con Méjico, y la respuesta que se les ha dado: debe vd. haber visto decretos de los congresos de varias de las Repúblicas para reconstituir el anfictiónico y hacer una alianza continental: que en varias de ellas se han celebrado juntas populares para mandar á Méjico un contingente espontáneo, en oficiales que se han ofrecido á ir á tomar parte en defensa del gobierno mejicano contra la intervencion, y en fondos para los hospitales militares; y de todas se mandan ministros á acreditarlos cerca de ese gobierno, precisamente ese, y con orden de no reconocer ningun otro

formado por los franceses, ó por su influencia. Al salir he dejado al del Perú, y de aquí he visto partir al de Chile, y diez otros están en camino. ¿Qué mas? Entre los mismos soldados de la expedición, al ver el estado del país, con un gobierno, único en todo él, regularizado y con ejércitos y generales á sus órdenes, y viendo el carácter dulce y hospitalario en el trato comun de los mejicanos, con quienes han estado en comercio durante la espera de sus refuerzos, se preguntan: “¿por qué van á hacer la guerra á los mejicanos? ¿En qué les han estos ofendido? Pero, que pues su emperador los manda, razon ha de tener.” Algunos no se han rendido á esta fé con que los otros sin ver creen, y se han pasado á las filas mejicanas. Esto lo han declarado dos prisioneros, y sus declaraciones se han publicado. A alguno, que está en casa de un general en Méjico y que se salió con otros cinco de Veracruz, le he oído yo mismo dar por motivo de su desercion, que ellos se habian batido en las calles de Paris el 2 de Diciembre, por la causa de la República, y que ¿cómo habian de ir á hacer la guerra á un pueblo libre?

Por aquí inferiré vd. lo que yo no me atreveré á decir en una carta á vd., por la pena que le causará, vista su adhesion al emperador, y me causa á mí tambien, recordando los testimonios de benevolencia con que tuvo á bien honrarme, á saber: de qué manera se hablará de Napeleon III, desde el estrecho de Darien hasta el de Magallanes, y cuanto es de deplorar que de un extremo al otro de todo un continente, este nombre no sea como debiera, acompañado de la admiracion, del respeto y del deseo de larga vida del que lo lleva y de su dinastía, en vez de que los que llevan el de Prim y de Favre, dan el suyo á las calles y plazas de muchas de las bellas ciudades de América; y sociedades patrióti-

cas, científicas y literarias se honran con inscribirlos en sus registros.

Hecha la historia de lo que hizo nacer la idea de una expedición á Méjico; descornado el velo de las verdaderas intenciones que se han llevado en ella, que nada han sido menos que su bien; probado que no se ha podido engañar al mundo en los hechos que se han inventado para darle alguna honestidad, y cuya invencion ha realizado, ó nunca, la fábula del lobo con el cordero, no ha quedado otra cosa que el pobre recurso á qué ha apelado el general Forey, y dice que lleva orden espresa de decirlo: que nos va á libertar y á traernos la civilizacion. Y como, en caso de que esto fuera cierto, nadie le ha pedido este favor, y como en lo que se llama derecho de las naciones, reina el mismo principio que en el derecho privado, de no hacer beneficio contra la voluntad del beneficiado, el general con su proclama aparece como la realizacion ademas de la otra ingeniosa fábula de un poema español.

No, señor: nadie lo ha pedido, y ni el ministro Saligny, ni el sin cartera Billault, ni ninguno de los que han andado corriendo las cortes en Europa en busca de un príncipe á quien regalar su patria, podrán exhibir cartas, ó documentos cualesquiera, que por el número de ellas, ó siquiera por la calidad de las personas, se pudiera decir que son firmas conocidas en Méjico, y con las que ellos se creyesen autorizados para decirse apoderados de la República, siquiera presuntos. Asombra que gobiernos que pretenden ir á otra parte á dar leccion de tales, no hubiesen tenido la circunspeccion de pedir esas credenciales, por mas que fueran de carácter privado, lo cual seria por eso mismo la prueba de la opresion de los ciudadanos de la República. Almonte, que se ha atrevido á decir que estando de ministro de



la República en Paris, se le escribió del gobierno militar de Tacubaya, oficialmente para que gestionara la intervencion francesa en Méjico, acaba de ser públicamente desmentido. Acompaño á vd. impresa una carta de D. Miguel Miramon, datada el 5 de este mes, en que lo interpela á que exhiba la comunicacion suya, en que le hubiera hecho tal encargo. ¿No es un baldon para Almonte, para Saligny, para Billault y para el gobierno que apoya á semejantes pretendientes, que se valen de tales medios, que no se profiera una sola especie, sin que luego venga el mentís de las personas mismas que se citan? Esa carta es un documento precioso de la mia, porque verá vd. en ella que se conserva el espíritu de partido con respecto á las disensiones intestinas, y todavía se llama demagogos á la potestad civil, y sin embargo, se rechaza la calumnia de haber llamado á la intervencion, aun la de simpatizar con ella, y se manifiesta la disposicion de ir á combatir.

Desde que ella asomó, unos tras otros de los gefes que quedaban á la reaccion, se han ido poniendo á las órdenes del gobierno: y á fé que en el campo de batalla y con la victoria; y con su sangre, han sellado su lealtad y sus títulos á contarse entre las ilustraciones de su patria.

No se puede demostrar de una manera mas evidente, la esactitud de la proposicion absoluta de que en materia de intervencion, no hay division ni partidos entre los mejicanos. Ni podia ser de otro modo: basta un sentimiento natural, comun á todo hombre por su patria, cuando no vinieran en su apoyo las lecciones de la historia. Se asombra uno mucho mas del grado de ceguedad á que llega una pasion bastarda que perturba el ánimo, cuando se ve que no previeran esto los hombres de estado



franceses. Pues ¿en qué país del mundo se tiene tanto odio al extranjero como en Francia? Todavía hoy no se extingue el que se les tiene á los hijos suyos que lo trajeron á su territorio en 1814: mucho, muchísimo menos que lo que ha hecho Almonte, hizo Marmont, que dejó en proverbio las *ragusadas* ¿Qué frenesí de aplausos no arranca en los teatros cualquiera alusion al extranjero, y qué persona del pueblo en toda Francia no canta las bellas palabras del dulce Casimiro Delavigne?

“La France a l’horreur du servagé,
Et si grand que soit le danger,
Plus grand encore est son courage
Quand il faut chasser l’étranger,” etc.

En España, hablando solo de los tiempos modernos, es claro que le tendría mas cuenta un gobierno como el del rey José, hombre popular de costumbres, las mas puras y de sincero amor á la nacion española, ilustrado, hijo de la revolucion y con una constitucion] hecha por los mismos españoles en Bayona, que el de Fernando VII, absoluto, que entró á devorar á los mismos que lo defendian; pero bastaba que el primero fuese impuesto por soldados extranjeros, que llamaban á los hijos del país *des brigands* (lo mismo que ahora á los mejicanos), y la España se inundó en sangre, y el trono de José se desmoronó allí, como el de su hermano en Francia, y medio millon de franceses dejaron allí sus huesos, sacrificados á la ignorancia obcecada de este principio.

El bien que se dice nos traia la intervencion, es la monarquía, pero que no estábamos preparados para la libertad, dicen los políticos, y necesitamos ser educados para ella. ¿Cuántos años ó cuántos



siglos serán necesarios para que una dinastía reinante crea que ya está su pueblo bastante educado y tenga la abnegacion de educarlo para eso, y luego la magnanimidad de devolverle el poder y la libertad para que se gobierne por sí mismo? Si la monarquía, por solo serlo, es un gobierno bueno y estable, imagínese que cualquiera de nuestros presidentes militares era convertido en monarca: no por esta investidura habia de cambiar de cualidades personales para hacerlo capaz de labrar la felicidad del país. Si se dice que para que el remedio haga efecto, es necesario que sea un monarca de oficio y con derecho divino, estos son los que han causado la decadencia de varias naciones, contra los que se han pronunciado en algunas de ellas, y los que derrocó un monarca revolucionario al principio de este siglo. Si ha de ser electivo, ahí está ese mismo creado por las victorias; que á pesar de tanta gloria con que abrumó á su pueblo, que á pesar de que lo hizo tan estenso, tan grande y poderoso, en cuanto le faltó aquella condicion, lo abandonaron sus tenientes, y no teniendo raíces, el huracán lo derrumbó, y no fueron los pronunciamientos, sino los otros monarcas los que lo destronaron. Para una monarquía, allí tenemos vástagos, como se quieran, de dinastía antigua indígena, ó posterior á la independencia, sin necesidad de ir tan lejos. La risa que cause esta observacion, ó la suposicion de que no se hace en serio, es un argumento de que no se cree que la monarquía, por sí sola, da aptitud y todos los requisitos de su estabilidad. Si se dice que para que lleve todos sus sacramentos, habia de ser de eleccion del *libérrimo* voto del pueblo mejicano, y que este recayera en una casa antigua, que el mundo estuviera acostumbrado á ver reinar, los proyectistas han andado desgraciados, en que durante la segun-

da expedición de Méjico, haya venido la Grecia á darles la respuesta con el rey Othon, á quien no le faltaba circunstancia: de la casa de Baviera, constitucional, votado por los griegos, y garantido y sostenido por tres potencias de primer órden.

¿Cuándo estarán la España y la Francia, y las naciones mas civilizadas de Europa, bastante civilizadas, para pasarse sin tutela y sin necesidad de mantener ejércitos para vivir haciéndose la guerra las unas á las otras, por intereses de sus tutores, ó para tenerlas ellos en un círculo de fierro? ¿Cuál es el monarca constitucional, que luego que se ve con la fuerza suficiente, no rompe las trabas de su *soberrana* voluntad? Si alguno se ha mantenido, es por su propia nulidad, y porque la direccion y la fuerza están en sus oligarcas. ¿Qué hizo Fernando VII, que juró la constitucion? ¿No llamó á su país fuerzas estrangeras de otra monarquía constitucional, y no entraron cien mil franceses á reponerle en su trono de absolutismo, que luego él regó con la sangre de sus súbditos? ¿y no figura tambien en el museo de Versalles la victoria del Trocadero al lado de la de Ulúa? ¿Qué ha hecho en estos momentos el rey de Prusia, que tambien juró una constitucion? ¿No ha dado á su vez su golpe de estado, disolviendo las cámaras, porque no le aprobaron su presupuesto para duplicar la fuerza de su ejército; y no andan dispersos ahora y fugitivos por la Europa los que habia elegido por sus representantes el ilustrado, el mas que todos ilustrado y simpático pueblo prusiano?

Mi carta no puede ser una disertacion de historia; me basta citar los hechos que han pasado en nuestros dias, y aun solo los que están pasando en este momento á nuestros ojos y lo que la monarquía está haciendo en mi patria, para confirmarme en las convicciones de toda mi vida y para verla con horror.



No hay mas que una cosa que yo odie con mas intensidad, que es, el extranjero en mi patria. Por no verlo en ella y por no perder mi nacionalidad, apelaria á ella, si ella fuese un remedio, salvo á trabajar despues por derrocarla; pero le aseguro á vd., que prefiero mi República con todos sus inconvenientes, con sus revoluciones, con sus vaivenes y cuantos defectos se quieran; prefiero la anarquía á la monarquía. No lo tome vd. á arranque del momento, ni á pueril repeticion de una frase, *malo periculosam libertatem*. Estoy muy lejos de ser demagogo, porque odio el despotismo, cualquiera que sea su disfraz. En la administracion actual, como hace treinta años, reinando el partido liberal lo he comprobado en escritos públicos y aun oficiales, dentro y fuera del gobierno; mas yo tambien he sido el primero que ha hablado de república en el imperio de Iturbide, y hemos de estar en que era el hombre de mi adoracion; pero me dolia que un hombre tan grande hubiera descendido á ser monarca, y el que reinaba en el corazon de los mejicanos, no tenia necesidad de arderse sus manos con un cetro. Existen mis producciones, y existen las actas del congreso convocante de 1823, referentes á ellas; tuve funciones públicas en Méjico, haciendo allí de gobierno el creado por el plan de Tacubaya, las del alimento de toda sociedad organizada, la administracion de la justicia en la primera corte, á que tenia el honor de pertenecer despues de 20 años; mas en todas mis actas oficiales, (que existen) como en solemnidades públicas, tales como el aniversario de nuestra independencia, espresé al general Zuloaga, rodeado de sus ministros, la necesidad del país de tener régimen civil é instituciones libres: lo mismo hice despues en igual ocasion y de la misma manera, pidiendo paz al general Miramon, á nombre del primo tri-



bunal y del pueblo todo. Uno de sus ministros me había destinado á una deportacion al castillo de Perote.

Para mí, mi amigo y señor, la libertad, el orden y la justicia son sinónimos, porque no concibo la existencia de ninguna de las tres cosas sin la de las otras dos. El día que los presidentes se persuadan de esta verdad, así como de que su causa está condicionada con ellas para no oprimir á las minorías, ni atropellar al individuo en sus derechos como hombre, y en su libertad para pensar las cosas mas absurdas, ese día habrá asentádose el verdadero cimiento de gobierno estable. Esta es la escuela de las repúblicas: esta es la mision de Méjico para la Francia. A este término tenemos que venir, y á él comenzamos á encaminarnos en la administracion del Sr. Comonfort, que un motin militar derrocó, inundando su patria en sangre para ser vencido, y gracias á Dios volvimos al camino.

Así la anarquía, como violenta, es un estado transitorio. Me afirmo en preferirla á la triste condicion de encender cirios á los santos para que prolonguen la vida de un tirano, por temor de que lo sea mas el que le suceda.

¿Cómo quieren los pretendidos redentores de mi patria, que quiera yo para ella un sistema que hace á hombres, que serian un luminar en un cuerpo verdaderamente legislativo de sus conciudadanos, emplear el don celestial de la palabra en el artificio y la alteracion de la verdad? ¿Cómo quieren otros políticos, que no son mas que unos interesados cortesanos, que yo acate con veneracion la monarquía, cuando la estoy viendo llevar á lejanas tierras, y no á pueblos inocentes, que en nada le han ofendido, sino que á ella y á sus súbditos les han prodigado con munificencia los dones de su amistad, llevar, digo, la devastacion y el esterminio, en venganza de

un noble sentimiento que debiera aplaudir y respetar, y va á saciar esa rabia de venganza con las vidas y la sustancia de su pueblo?

He hablado de mí, por manifestar á vd. el espíritu público de Méjico, porque al expresar mi convencimiento, debe vd. saber que estas son las opiniones de los verdaderos nueve décimos y mas, de los mejicanos.

Yo iba á proponer al emperador un medio de hacerse dueño de Méjico y de la Inglaterra, y con aplauso de todo el mundo: tal seria el de mandar á la República, no cuarenta ni cincuenta mil hombres, sino ciento y doscientos mil mas; mas no con fusiles, sino con azadones y demas instrumentos de labranza; y en lugar de generales guerreros ó de diplomáticos belicosos, mandar á vd. y á todos los que se ocupan del progreso y de mejoras materiales, con veinte millones de pesos, que reembolsaria en el primer año, para cultivar el algodón, de que tendria en algunas partes dos cosechas anuales, mas abundantes y de mejor calidad que las de las orillas del Mississippi.

Pero ya no hay que hablar de eso, y debo terminar mi carta.

Sin embargo, no puedo hacerlo sin una advertencia importante; y es, que no vaya vd. á interpretarla, ó por algunas instrucciones secretas, ó por una inspiracion mia, como un medio todavia tentado de un avenimiento. El gobierno de Méjico ni aun un primer paso ha dado por su parte despues de la ruptura, por parte de los franceses, de los convenios de la Soledad. Con todo lo que ha ocurrido despues, y en el estado á que han llegado las cosas, no crea vd. que en Méjico se abran negociaciones, ni se presten oídos á proposicion ninguna, aunque se tuviera el dogal al cuello, en tanto que un francés con el fusil al



hombre quede en el territorio de la República. Este sería el único medio de derrocar al gobierno del Sr. Juárez, y á cien gobiernos que tuvieran semejante flaqueza. Por otra parte, sería inútil: despues de la paz de Febrero de 1839; despues de la convencion del Sr. Levasseur, que llevé yo á Paris, y con cuya observancia fiel, por parte de Méjico, estuvimos en la mejor armonía [aparente, segun se infiere del dicho del Sr. Billault]; despues de la coalicion de Lóndres, que no tenia un año de firmada por la Francia; despues de los convenios de la Soledad, que no tenian dos meses, ¿no es el caso, para el gobierno de Méjico, de decir lo que el primer cónsul, Napoleon Bonaparte, al embajador de Rusia, despues de la paz de Luneville: “¿Qué son para vds. los tratados de Amiens?” La proclama del general Forey se contradice á sí misma, y cualquiera cosa que ofreciera ó que pactara, se temeria que fuese otro engaño de los que se usan en la guerra, y por los adelantos quizá de la civilizacion, han pasado á la diplomacia moderna. De todo tiempo la astucia de escoger posiciones dominantes se llama táctica, y así se llama el procedimiento de manejar mas pronto el arma, ó para que dispare mas tiros en un tiempo dado, ó mas certeros que la de su enemigo, como dice el héroe del poema que citamos antes, disparada tal vez por alguno que tuvo miedo del foganazo; la ventaja de esconderse para herir por un flanco débil ó por detras inesperadamente, se llama emboscada; los buques cerrados y forrados con fierro, en que sin dar la cara los mal llamados combatientes, disparen cañones capaces de echar á pique los del enemigo, se llaman fortalezas flotantes; en fin, todas las invenciones de matar á traicion y á golpe seguro se llaman estrategia; aunque los adelantos de la *ciencia militar*, dice Lamartine, que no son mas que restos de la



barbarie; pero, á lo menos, estas alevosías tenían por principio el anuncio de que se iban á hacer, que se llamaba declaracion de guerra, despues de haberse agotado los medios de la discusion y del convencimiento, sin meterse jamas en asuntos interiores de otro país, ni arrogándose la facultad de calificar la conducta de su gobierno, ni si es ó no elegido conforme á sus leyes; y en cualquiera periodo de la cuestion, antes, durante y despues de los hechos de armas, los pactos eran sagrados, y se preferia la muerte á faltar á la palabra, y se deshonoraba una nacion, si un oficial suyo ofendia á un enviado del campo enemigo, en medio del combate, solo, desarreado, y fiado solamente al color blanco de un pañuelo que agitaba entre las manos; hoy todo eso no ha quedado mas que en la historia, ó cuando mas, para exigirlo de los necios. Por eso observará vd. que en mi carta no uso de argumentaciones de derecho de gentes, sino que me he limitado á desbaratar las alegaciones que se han hecho. Hace mucho tiempo estoy convencido de que el que no tiene fuerza no tiene derechos; por eso el presidente Juárez ha dicho, en sus manifiestos, que ignorando por qué se hace la guerra, repelerá la fuerza con la fuerza, y lo que él ha dicho, lo ha sostenido la nacion.

En cuanto á mí, lejos de tentar ni de desear un arreglo, tengo la idea de que la guerra, con todos sus horrores, le conviene á mi patria, así como la civil que acaba de pasar, le ha ahorrado mas largo periodo de turbaciones y de padecimientos. En ella se ha hecho lo que tardariamos muchos años en hacer, lo que despues de siglos no ha hecho la Francia, y está todavia muy lejos de conseguir; hemos acabado con las clases que nos tenían en continuas revoluciones, y hemos libertado el pensamiento. Así



la guerra con una potencia estrangera, nos acabará de desengañar si hemos ó no hemos de ser una nacion: si se ha de hacer respetar de las demas, y si ha de salir de la humillante condicion de recibir lecciones y notas insolentes de noveles diplomáticos, que vienen allí á hacer méritos ó fortuna. La guerra es la ocasion de las grandes acciones, del heroísmo, de los grandes talentos, de la abnegacion, del patriotismo, cuando menos, de que nos conozcamos todos. Yo estoy contentísimo y orgulloso, de que mi país, desde los primeros ensayos, ha acreditado ser digno de ser una gran nacion. Se ha unido todo al grito de guerra exterior, ha probado su valor venciendo con fuerzas inferiores, á las que hasta aquí se tenian por invencibles; y en rasgos de generosidad y de civilizacion, ha escedido á su enemigo, por voto de los mismos prisioneros, que despues de cangeados, han ido á contar en su campo, á despecho de las calumnias y á pesar de la prohibicion de sus gefes, el modo con que han sido tratados ellos y sus heridos en el campo mejicano. Un pueblo que así se conduce, y que no quiere ser subyugado, no es posible subyugarlo, no digo con los 40 ó 50 mil hombres que tiene ya la Francia, pero ni con los 100 y 150 mil con que ha amenazado el general Forey, ni por las tres potencias si hubieran quedado coligadas. Méjico, que sin ellas hizo su independencia, les probará que la puede defender contra todas ellas. Para que el general Forey penetre hasta la capital, tiene que librar en el camino cien batallas; y suponiendo que la victoria no le vuelva á ser infiel, como en Puebla y en Acultzingo, en ellas se debilitará mas, y tendrá que ir dejando cubiertas sus espaldas. Sin cuidarse de eso y sin pelear como ahora se ha hecho, los norte-americanos entraron en la República en número de 50 ó 60 mil: no llegaron



á Méjico mas que 14, y despues de haber gastado mas de cien millones de pesos en la campaña de un año. Los claros que la metralla haga en las filas de los mejicanos, se cubren en el instante: para los de los franceses, se necesita que vengan los reemplazos de una distancia de dos mil leguas. Siete meses han pasado para que se mande una nueva espedicion, despues que fué derrotada la primera. Suponiendo que no se haya menester otra tercera para ocupar la capital, sino que baste la que allí está, y consiga ver el pabellon imperial flamear en sus torres, que parece ser el sueño y el empeño del emperador, ¿ya está con eso consumada la obra? ¿ya se reparó el honor militar? ¿no se le comprometerá de nuevo, cuando ese pabellon tenga que arriarse, por no exponerlo á que lo echen abajo de las torres?

Y ¿qué se va á hacer allí? La capital no es la República; y aunque se diga que se destacarán fuerzas á ocupar las principales ciudades, eso es multiplicar las dificultades que se han tenido para Méjico, y trasladar la cuestion á cada una, tantas veces cuantas sean las ciudades que se logren ocupar; ¿y cómo conservarlas? y ¿cómo comunicarlas? Cuatro y seis ciudades tampoco son la República, que tiene cien mil leguas cuadradas, con un terreno el mas accidentado, que ha hecho por eso durar tanto la última guerra civil. No serán los franceses dueños mas que del terreno que pisen, atacados é inquietados sin cesar por partidas ó ejércitos que les vengan de puntos de donde no se lo esperen, porque no conocen el terreno: no podrán separarse de sus cuarteles sin ser sacrificados: los guías que tomen sus generales, los estraviarán y los harán caer en desfiladeros, de donde no podrán salir: el mejicano mas patriota que tenga un enemigo particular, bastará que sea calumniado de inteligencia con los france-



ses, ó de prestarles ayuda en cualquiera cosa, para ser entregado á la muerte: la mejicana que tuviere la desgracia de comprar una cinta ó un lienzo de que tuviera la mayor necesidad, en la tienda de un francés, quedará deshonrada ¿qué digo? no habrá una tienda abierta, ni una panadería francesa mas que en los campos y en los lugares ocupados por sus tropas. En los que conserven los mejicanos, sufrirán con ellos los males de la guerra, que resultará hecha al comercio francés, como el absurdo y bárbaro bloqueo de nuestros puertos. De cada peña, de cada monte brotarán enemigos, vengándose cada uno hasta donde alcancen sus medios y su valor, de los que así han ido á turbar su reposo y bienestar, y así para ocupar algunas ciudades no se habrá logrado sino inundar en sangre una superficie dos ó tres veces la de la Francia. ¿Le parece á vd. una empresa digna de esta nacion?

Si á la presencia de estas dificultades y por darle algun fin honesto, ocupada la capital se cierran los ojos para afectar no ver que la nacion sigue decidida á mantener su gobierno en otra parte, y por aquello de que la Francia no quiere imponer otro á los mejicanos, sino que ellos lo elijan, hacen una convocatoria á la nacion, ¿de dónde irán? Si viendo que de ninguna parte se hace caso á su invitacion, repiten la farsa de Córdoba y Orizava, y convocan una junta de notables, ¡desgraciados de los que se presten á tal llamado! Si algunos, faltos de prevision y sobrecogidos de temor se prestaran, ya sabrán que un dia tendrán que marchar con los invasores en su retirada, dejando detras cerradas para siempre, las puertas de su patria, y llevando el desprecio de ellos mismos, y teniendo para el resto de su miserable vida, el tormento de que sobre ellos descarguen el desgraciado fin de la empresa, por haberles



engañado, como despues de Puebla sucedia en el triste camino, de vuelta para Orizava, á Almonte y Saligny.

Escribiendo esta carta, viene á mis manos un periódico español, en que se dice que el plan del gobierno imperial es hacer de Méjico una colonia francesa. El que escribió este artículo, no conoce á vd., que está hoy en ese gobierno, porque semejante idea no cabria en cabeza humana, cuando no se sabe qué hacer, ni qué provecho sacar de la de Argel, que se tiene allí á la mano. Yo, que no soy mas que un particular, y que no estoy iniciado en los misterios de la alta política europea, me atreveria á pensar que, despues que se ha frustrado el primer plan, el gobierno imperial está lo mismo que yo, y que sus planes serán los que le sugieran los sucesos, y se avanzará á mas, segun que la fortuna de algun encuentro le haga volver á caer en la ilusion de las facilidades. Pero este es el mayor agravio que nos ha podido hacer y que ha hecho á todas las naciones del mundo: entregar la suerte de toda una nacion al juicio de un soldado! Si los encuentros que ahora tenga la segunda espedicion, tienen, como yo lo espero, el mismo resultado para ella que los que tuvo la primera, y se estrella en las puertas de Puebla ó de Méjico, tendrá tambien que volver á dar el mismo espectáculo que aquella, de fortificarse en el país que ha invadido. Si es mas feliz, quedará algun mas tiempo, y seguirá la lucha. Así, la cuestion va larga, y en su duracion, pueden venir á turbarla la Polonia, ó la Hungría, ó la Italia, ó la Grecia, que repugnando la dinastía bávara y anexándose el Epiro y la Macedonia, lo cual conviene perfectamente á la Rusia, introducirá la division entre las potencias protectoras, ó la guerra de la Francia con la Inglaterra, ó la que pueden tener contra esta



potencia los Estados-Unidos por el Canadá, sin contar que la que tienen en su seno, fin ha de tener; y entonces les sobrarán fuerzas de mar y tierra, que no ha tenido ninguna nacion de Europa, cuya intervencion en los negocios de América, no convendrá jamas á ninguna de las dos secciones que ahora contienden; y aun antes de ese suceso, la guerra de Méjico depende de que un dia el gobierno de Washington se despierte con la conciencia de su poder, que es bastante para el Sur y para la Francia juntos. Ya verán por esa misma guerra de Méjico los Sres. Lincoln y Seward, los embarazos que les acarreará esa funesta política de contemporizacion, en vez de que un cuerpo de observacion de 25 ó 30 mil hombres, y aun de la mitad, en las orillas del Bravo, serviria para tomar á Texas por la retaguardia, y para impedir las miras de los invasores en la Sonora, haciendo, sobre todo, públicas y con su valor moral, que siempre se hace respetar, sus grandes miras en lo interior y su honroso programa antifilibustero. Méjico se tiene que salvar; y entonces estrechará mas ó menos sus relaciones y abrirá las fuentes de su riqueza mas ó menos á los que mas ó menos en esta crisis hayan sido sus amigos.

Sí, señor; he indicado estas eventualidades, porque están en la posibilidad del porvenir, y cualquiera de ellas seria la salvacion de Méjico; pero no porque Méjico necesita de ellas para salvarse. Yo sé que los inventores y simpatizadores de la intervencion se rien de lo que se llama opinion y espíritu de un pueblo, contando con que esto nada vale contra las bayonetas; pero sé y he visto que un humilde párroco ha investido á una monarquía poderosa, enraizada entre las familias y sostenida con el fanatismo político y religioso, con solo las campanas de su lugar y que antes de dos meses estaba á las



puertas de la capital con cien mil hombres; que no quiso tomarla, por no esponerla á la devastacion de gente indisciplinada, sin calcular que mas sangre y mas devastaciones habia de causar el renunciar á ese golpe decisivo; que lo perdió su movimiento retrógrado; que siguió la lucha encarnizada, y que la monarquía triunfó precisamente porque vió la inutilidad de la política de matanza; que once años despues un simple coronel, pero tan profundo político como valiente, acometió la misma empresa con un solo batallon de 700 plazas, contra la monarquía victoriosa, á quien defendian 84 mil hombres; y la campaña quedó terminada en siete meses, y la empresa fué coronada de suceso. Ahora se tiene un gobierno organizado, se tiene tesoro, se tienen ejércitos; ahora no hay el embarazo de las afecciones de familia; ahora no se tiene el enemigo en casa, nos viene de fuera; ahora se tienen soldados aguerridos y generales formados en la campaña, ó expertos por carrera. ¿Se podrá dudar del éxito? ¿O será Méjico una escepcion en las reglas de la historia y en las razones de las probabilidades humanas? ¿Podrán los franceses desde sus primeros encuentros matar á todos nuestros generales? Y si no pueden, ¿irán los que queden á rendirles sus armas y prestarles homenaje, ó se resignarán á irse á refugiar á los bosques, renunciando á todo esfuerzo y dejando su nombre en el lugar en que les colocaran los partes presuntuosos de sus enemigos? y ¿no hay que contar tambien con las notabilidades civiles que he mencionado, y con mil otros mejicanos en todos los Estados, tan ilustres como ellos? ¿Qué hará el vírey ó el sátrapa de la colonia con ellos? ¿Se cree que se avendrán á formar sus consejos y sus cuerpos municipales, que es el pago de la bajeza, y que sufrirán hermanos mayores, como en España, en tiempo de



Felipe V., como los tlascaltecas que ayudaron á Cortés, y como nosotros en tiempo de la dominacion de España? ¿O se les mandará á aumentar la colonizacion de Jersey, de la Guyana, ó de la Algeria, á donde ni los franceses quieren emigrar?

Ya vd. ve que nuestra salvacion está librada á los embarazos mismos en que necesariamente se enrede nuestro conquistador.

Por ellos y por los medios que despliegue la República y por el alerta que su causa ha dado á todo el continente occidental, y por la previsora política que ha mostrado la España, estoy mirando un porvenir á la primera rama de la raza latina, que comprobará lo que dije antes y habia dicho hace veinte años en mi país, á saber: que Méjico será el nudo de la inteligencia de todos estos pueblos entre sí, lo que les dará la preponderancia en el globo, y con la libertad á los de Europa, volverles con usura la civilizacion que de ellos recibieron. La guerra exterior es el sacramento que faltaba á Méjico para su regeneracion. Este pensamiento lo ha de haber vd. visto generalmente presentido por españoles y americanos en el convite al general Prim, sábiamente desarrollado por los representantes de España y del Perú.

¿Cuál será el término de la cuestion? Yo no pretendo ser político; pero vista la actitud de la nacion mejicana, no hay necesidad de serlo muy profundo para no ver mas que uno de tres desenlaces: ó un desistimiento liso y llano del emperador; este es el que yo creo mas conforme á sus primeras intenciones, que no eran mas que de hacerle bien á Méjico, y de que consejos interesados le hicieran errar el camino: creo tambien que es lo que le haria mas honor y mas provecho, como ha sucedido con la España, que obtendrá ahora cuanto quiera: ó un rom-



pimiento con la Francia, por mientras no venga otro gobierno mejor aconsejado: así, como así, sus relaciones con Méjico no son para este una condicion de vida, en tanto que ellas estén reducidas á lo que han sido hasta aquí, es decir, á que los franceses vienen á Méjico á hacer fortuna, y los mejicanos no van á Francia mas que á gastar la suya: ó que se vuelva á formar otra coalicion, en que entren los Estados-Unidos con la Inglaterra y la España y tambien la Italia y la Prusia, y así garantice el reconocimiento del derecho de Méjico por la Francia, y la devolucion por esta de todo lo que ha percibido de las rentas, de que se ha apoderado, y el pago de los costos de la guerra y de la indemnizacion correspondiente por tantas fortunas arruinadas y tantas familias que va á dejar en orfandad, y el sometimiento á sus tribunales de aquellos de sus funcionarios que resultan responsables por haber turbado la paz de las naciones, ampliándoles cuantos medios puedan necesitar para probar los informes que dieron, previa fianza de calumnia. Mas estas son cosas de los gobiernos; yo hablo como particular.

El dado está echado; lo demas á la voluntad de Dios.

Si pues la guerra la miro como un bien y no se busca un arreglo, ¿para qué he escrito esta carta? Para tres objetos, mi amigo y señor: el primero, para hacerle á vd. saber esto mismo, ahora que es vd. ministro, á cuyo cargo está la direccion de este negocio: el segundo, para que el mundo juzgue de los motivos de esta guerra, mejor informado por las alegaciones de los ministros anteriores á vd., de los agentes y los escritores del gobierno francés. Vd. comprende que es una circunstancia muy valiosa para la justicia de Méjico, y para prueba de lo que eran sus relaciones con la Francia, el



testimonio de un ministro suyo, tan justificado y tan mayor de toda escepcion como vd.—Así que, por ese carácter que dignamente vuelve vd. á tener, y por el asunto de que se trata, el cual está *sub judice* ante las naciones, la carta no es de naturaleza secreta. Nada en ella es personal de vd., ni mio, ni en nada he abusado de una confianza. Siendo asunto de mi patria y del gobierno de la Francia, la pongo en conocimiento del de Méjico; vd. hará el uso que le parezca. Es probable que mi gobierno opine no deber dejarla á la curiosidad estéril de las publicaciones póstumas de correspondencias que se tuvieron en las grandes guerras del primer imperio, que acaso habria sido mas útil conocer entonces: el tercer objeto ha sido manifestar á vd. mi deseo de salvar en la nuestra su amistad, que no tiene precio. Si el cronismo de los sucesos lo permitiera, habria atribuido á la entrada de vd. la nueva política de la segunda expedicion. Quién sabe todavia si no habrá resultado de las conferencias que se han de haber tenido para que vd. consintiese en volver. El caso es que esa nueva política ha sido acompañada de la circular de vd. sobre los asuntos de Italia y de su escitacion á la Rusia y á la Inglaterra, para el restablecimiento de la paz en estos Estados-Unidos.

Como quiera que sea; será para mí una circunstancia plausible saber que vd. conserva por la independencia y prosperidad de mi patria, los sentimientos que me daba el gusto de manifestar, aun cuando ya no era ministro. Si me atreviera, diria que lo seria mas para mí el ver que no coexistian la continuacion de la guerra y la de vd. en el gobierno. De lo que estoy seguro es, que vd. será un enemigo caballero, que no insultará en masa á mi nacion, en pago de haberle siempre abierto sus brazos á los hijos de la Francia.



—90—

Con estos sentimientos, me repito de vd., señor ministro, su invariable afectísimo amigo y muy atento

S. Q. B. S. M.

J. R. Pacheco.

